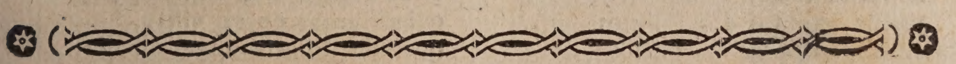
COMEDIA FAMOSA.

EN MUGER VENGANZA HONROSA.

DE DON GASPAR MONTESINO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Felisardo, Rey. *** *Clenarda, Reyna de Sicilia.* *** *Clavela, Criada.*
Leonido, Galàn. *** *Flora, Condesa.* *** *Martin, Gracioso.*
El Duque Uberto. *** *Rosardo, Marquès.* *** *Arnesto. Acompañamiento.*



JORNADA PRIMERA.

Dentro ruìdo de caza.

Unos. GUarda el Osso, guarda el Osso.
Otros. Aparta el cavallo, Arnesto,
si quieres librar tu vida.
Dent. Leon. Cobardes sois, Cavalleros,
pues dexais assi à la Reyna.
Dent. Arnesto. Antes morirè primero.
Dentro. Guarda el Osso, guarda el Osso.
Dent. Reyn. Dadme vuestra ayuda, Cielos.
Sale huyendo Flora, la qual se ha de llamar Laura, con arco, y flechas, ò un venablo.
Flora. Esta es caza? aquesta es huelga?
este es entretenimiento?
llàmole lucha, y batalla,
digole marcial estruendo.
La Reyna pienso que ha dado
en manos del Osso fiero,
que lanzando negra espuma
por la boca, y vivo fuego
por los ojos, sacar quiere
de nuestros tìmidos pechos,
la que và perdiendo vida,
la que và sangre vertiendo.
Diez años ha, que buscando
la causa de mis funestos
pesares ando perdida,
la qual es un hombre, aunque esto
no era menester decirlo,
pues que de cierto sabemos,
que no hay en muger desdichas,
deshonras, penas, ni zelos,
que no vengan por su causa,
que no sucedan por ellos.

Un mes ha que lleguè aqui,
con mi primo hermano Arnesto,
trayendo falsos papeles,
donde claramente pruebo,
que soy de la Reyna prima,
y ha sido el acogimiento,
que ella me ha hecho, tan grande,
que quiso oy, à fuer de ruegos,
saliesse con ella à caza,
aunque ha permitido el Cielo,
que se nos haya trocado
en caza de descontentos.

Dent. Leon. Detèn el passo velòz,
fiera cruel, monstruo horrendo,
no quieras matar à un Angel.

Flora. El Osso viene aqui muerto:
ay venganza, què me cuestas!
ay honra, en lo que me has puesto!
ay tiempo, à què me has traìdo!
ay caza, còmo me has muerto!
De correr estoy cansada,
aunque quiera huìr no puedo:
si aqui me aguardo hay peligro,
mucho mayor si me ausento.
Mas pues de dos males dicen
ser justo tomar el menos,
yo de aquestos dos peligros
determino hacer lo mesmo:
y pues el Cielo me ofrece
de aquestos troncos los huecos,
de estos ramos la espesura,
esconderme en ellos quiero.

Retirase Flora à un lado del tablado, donde havrà algunos ramos, entre los quales se oculta; y Leonido, que se ha de llamar Lauro, saca en brazos à la Reyna, desmayada, à la qual recostarà sobre unas flores.

Leon. Oy ha sido la primera
vez, que la fortuna ingrata
me ha concedido tener
gloria entre desdichas tantas;
pues he quitado no menos,
que à esta beldad soberana
de los brazos de la muerte,
del cuchillo de las parcas.
Mas no quiero detenerme,
pues tan adelante passa
el desmayo, ya que aqui
no quiso el Cielo dar agua.
Ocupad, cuerpo divino,
aquesta de flores cama,
en tanto, que del cristal,
que de esta sierra en la falda
una fuentecilla llora
(quizà por vuestra desgracia)
algunas lagrimas traigo,
que echadas en vuestra cara
buelvan la luz à essos ojos,
à essas megillas la grana,
à essos labios el coral,
y à esse cadaver el alma.
Si no es que acaso se afrentan,
conociendo la ventaja,
que hace tu candor al suyo
(que tiene embidia hasta el agua)
y no cause aqui el efecto,
que siempre en los otros causa,
por verte un rato traspuesta,
y otro poco mas con ansias.
Pero si quando en sì torne,
no me ha de aprovechar nada,
sino solo de besarle,
como à Reyna, en fin, las plantas:
quiero gozar de tu vista,
que esta licencia no es amplia
en mì quando estè despierta,
ni ella pienso querrà darla.
Què hermosura! Què lindeza!
Què gentileza! Què gracia!
Què talle! Què compostura!
Què assèo! Què viva estampa
de la que jamàs me quiso!
Mas no renovemos llagas,
Leonido, de las heridas,
que casi casi estàn sanas.
Leonido dixe? ha traidora
lengua, homicida, malvada!
No te he dicho, que me llamo
Lauro? Pues còmo me llamas
nombre, que costarme puede,
si à los de alguna villana
persona llegàra à oìdos,
vida que comprè tan cara?
que aunque estamos en desierto,
tal vez para las venganzas

se

ſe forja de un tronco un cuerpo,
y cien lenguas de una rama.
Mas baxemos à la fuente,
ſin apurar mas del alma
los ya paſſados ahogos,
las congojas ya paſſadas.
Y pues de eſta empreſſa ya
la mas parte eſtà ganada,
demosle fin, que haſta el fin
jamàs la gloria ſe canta. *Vaſe.*

Flora. O no es verdad lo que oigo,
ò lo que he viſto me engaña,
ò ſon aſſomos del guſto,
ò ſon quimeras del alma;
porque vèr tan de repente
en eſta inculta montaña,
mas alvergue de las fieras,
que de perſonas morada,
el principio de mis penas,
el origen de mis anſias;
parece iluſion, y ſombra,
parece verdad ſoñada.
Ya, Leonido, dexarè
de diſcurrir tierras varias;
ya sè tu nombre fingido,
ya sè que Lauro te llamas:
en mì hallaràs tu caſtigo,
ſin què ſepas ſer yo cauſa,
que ſi tù Lauro te has pueſto,
yo tambien me he pueſto Laura.
Quiſiera aora ſalir,
y à la Reyna laſtimada
darle algun conſuelo, mas
como es mi alegria tanta,
juzga el alma ſer incierto
lo propio que ha viſto, y anda
alternando los ſentidos,
borrando las eſperanzas;
y aſsi, pues buelve, aguardar
quiero, que es coſa clara,
que ella ha de querer ſaber
toda ſu vida: ay venganza!

Levantaſe la Reyna, mirando como confuſa à todas partes.

Reyna. He eſtado con atencion,
ya deſpues de mi tornada,
de aquel Cavallero oyendo
las amoroſas palabras;
que aunque jamàs en mi pecho
hizo tiro el de la aljaba,
por ſer mas que à los requiebros
aficionada à las armas,
no puede naturaleza
del todo apagar las llamas,
las quales mas ſe fomentan,
mientras mas en ſalir tardan.
El dueño pienſo que es,
ſi las ſeñas no me engañan,
de la caſa de placer,
à quien ſirve eſta montaña,
tìmida por ſer tan fiera,
triſte por tan ſolitaria,
de torreon por la viſta,
y de eſcolta por la eſpalda.
Bien ſe ſabe enamorar,
bien requiebra, bien iguala
à un cuerpo las partes todas,
que para perfecto baſtan.
Mas harto mejor pelèa,
y harto mejor que mi guarda
ſabe, por ſalvar la mia,
no eſtimar ſu vida en nada,
fuera de haverme traìdo
haſta aqui, porque fue tanta
la turbacion, que me diò
de verme caſi en las garras,
no menos que de una Tigre,
que quedò la ſangre elada,
ſi no es la poca que huyò
del corazon à las alas.
Deſmayème, en fin, y no
es mucho, que ſi me hallàra
con el que tirè venablo,
quizàs por librar à Laura,
no fuera la vez primera,
que frente à frente eſperàra
de un Oſſo la fortaleza,
de una fiera la arrogancia.
Pero bolviendo à mi gente,
no es vileza, no es infamia,
que aſsi me dexaſſen todos
en tal peligro olvidada?
Pues por mi Corona juro,
que he de averiguar la cauſa;
y ſi es traicion he de hacer,
que ſepan quien es Clenarda.

Dentro ruido de espadas, y dice Leonido.

Leon. No soy sino Cavallero,
mirad bien lo que decìs,
que solamente à un mentìs,
sabe desmentir mi acero.

Salen acuchillandose Leonido, y el Duque Uberto, el qual traerà una vanda verde en la mano.

Duq. Detente, fiero villano.

Leon. Aora me detendrè,
porque à quien disteis del pie,
y yo librè con mi mano,
està presente. *Reyna.* Què es esto?
Duque? *Duq.* Señora, bolver
por tu honra. *Reyna.* Puede haver
quien me ofenda en este puesto?

Duq. Sì, pues viniendo à buscar
à vuestra Alteza, encontrè
su vanda, la qual tomè
para humilde se la dar,
y descortès, y atrevido
este Cavallero intenta,
que la dexe por su cuenta;
donde propio se ha caido;
y viendo que no queria
desistir de su quimera,
fuerza fue de esta manera
enseñarle cortesìa.

Leon. Yo no he sido descortès
en hacer lo que contais,
sì bien, Duque, lo tomais
de mi intencion al revès.
Que si tomar impedia
la vanda de donde estaba,
es con razon, pues bastaba
haver podido ser mia.
Que pues traer merecì
en mis brazos à su dueño,
era premio harto pequeño
una vanda para mì.
Mas obrò el considerar,
que no es casada su Alteza,
tanto en mì, que por vileza
juzgàrala levantar;
porque si alguno me viera
con prenda suya, ignorante
de la causa, en un instante
à mal fin lo attribuyera;
y sobre si acaso fueron
favores, podia comprar
muerte infame, por tomar
aquello que no me dieron,
y dexàra de su Alteza
notada la castidad
con rasgos de liviandad,
siendo el pensarlo baxeza.
Estas consideraciones,
fueron rèmora à mis passos,
pues no hay en muger fracasos,
como andar en opiniones.
Y assi, supuesto que no
tomè lo que bien pudiera,
no quise que lo tragera,
quien despues que yo lo viò.
Mas ya que con fieros vanos
la tomasteis, bien hicisteis
de venir donde venisteis
para escapar de mis manos.

Duq. Señora, con tu licencia::-

Reyn. Bueno està. *Duq.* Què tal consiento! *ap.*

Reyna. Advertid, Duque, que siento
mucho vuestra negligencia,
y no attribuyais à mengua
fiaros de este Cavallero,
que obra con el acero,
mas que dice con la lengua;
porque si por èl no fuera
de un Osso aqui defendida,
no me hallarais ya con vida,
ni la vanda me la diera:
la qual quiero, que le deis
en premio de su valor,
y con gusto, y con amor
amigo con èl quedeis.

Dale el Duque la vanda, y abrazanse.

Duq. Rabiando estoy de pesar. *ap.*

Flora. Dudosa estoy si es Leonido;
mas pues aqui me ha traìdo
el Cielo, quiero aguardar
hasta vèr el fin. *Reyna.* Haced,
Duque, recoger la gente
à esta Quinta brevemente.

Leon. No me hagais tanta merced,
que es muy estrecha mi casa
para tal huesped. *Duq.* Yo voy. *Vase.*

Flora. Llena de temor estoy.

Leon.

Leon. Hallareisla tan eſcaſa,
que haveis de quedar corrida;
mas con todo, aviſar quiero
à mis criados. *Reyna.* Primero,
quiero ſaber vueſtra vida,
el nombre, Patria, y nacion.
Flora. Aora ſaldrè de duda.
Leon. La lengua ha quedado muda
de temor, y confuſion.
Reyna. De què? *Leon.* De que haveis pedido,
que renueve mis dolores.
Reyna. Tantos ſon? *Leon.* Y los mayores
de quantos haveis oìdo.
Reyna. Holgarè en ſaberlos mucho.
Leon. Señora:- *Reyna.* Ya os lo he mandado.
Leon. Otro dia::- *Reyna.* Es eſcuſado.
Leon. Oidme pues. *Reyna.* Ya os eſcucho.
Leon. Reyna inſigne de Sicilia,
en quien puſieron los Cielos
de prudente tantas partes,
de hermoſa tantos extremos;
para darte relacion
de mis tràgicos ſuceſſos,
de mis inmenſos fracaſos,
preſtame un rato ſilencio.
Es mi Patria Alexandrìa,
Ciudad de Egipto, dò vieron
la primera luz mis ojos
en el regiſtro del tiempo.
Mis Padres, que ſe llamaron
Blanca Leonida, y Lanſpergio;
ſi no bien afortunados,
de nobleza poco eſſentos,
me puſieren Leonido,
en quien los Aſtros opueſtos
influyeron mil deſdichas,
cumularon mil portentos;
el qual nombre me he trocado
en Lauro, ſolo por miedo
de un inſulto, que ſabràs,
ſi me eſtàs atenta, preſto.
Deſde mis pueriles años
(que como es el amor ciego,
ni pone freno à los niños,
ni dà verguenza à los viejos)
puſe mis ojos humildes,
ò mejor dirè ſobervios,
en un Angel, en un Sol;
y para no gaſtar tiempo,
en la mas bella criatura,
que pintò el pincèl ſupremo,
deſde que diò sèr al barro
en el campo Damaſceno.
Eſta era Flora, en quien puſo
tan de eſpacio, tan à tiempo
el Cielo ſus perfecciones,
que pienſo, y tengo por cierto,
que las partes mas coturnas
de hermoſura, que tuvieron
Elena, Lucrecia, y Dido,
fue ajuſtando, y componiendo
en ſu cuerpo, en ſus facciones,
en ſu gala, en ſu deſpejo,
en ſu brio, en ſu donaire;
tanto, que deſde el cabello,
oro fino, haſta la planta
del pulido pie, echò el reſto
la naturaleza, acaſo
por cifrar en un ſugeto
de todas ſus maravillas
un epitome, y compendio,
que dieſſe à la Luna embidia;
y ſirvieſſe al Sol de eſpejo.
Viſitar le vì tres luſtros
à la blanca Aurora Febo
los criſtalinos umbrales,
diciendola mil requiebros,
y otros tantos recibir
de Delia amoroſos beſos;
quando infelìz comencè
à tratar mi amor, poniendo
infinitos impoſsibles
à mis plantas, que violentos,
forzados de la razon,
que llevaban, pretendieron,
ya repreſentando muertes,
ya caſtigos, ya portentos,
poner rienda à mi apetito,
y refrenar mis deſeos.
Comencè, en fin, como digo,
à hacer à Flora paſſeos,
embiandola villetes,
diciendola mil requiebros,
gaſtando coſtoſas galas,
haciendo ricos empleos,
ofreciendola mil vidas,

dan-

dandole de mis tormentos
de noche parte en ſus rejas,
aunque ſiempre (caſo adverſo !)
à mis voces ſe hizo ſorda,
Tigre Hircana à mis requiebros,
à mi llanto peña dura,
à mis quejas qual de acero,
deſentendida à mis cartas,
y ciega à mis galantèos.
Aſsi, pues, paſsè tres años,
ſin tener tan ſolo un premio,
en que colgar mi eſperanza;
y viendo, que el ſufrimiento,
para tantas dilaciones,
ſe iba apurando, ſobervio
me determinè à pedirla
à ſu padre en caſamiento.
Era Señor, yo Vaſſallo,
èl Conde, yo Cavallero,
nacido de humildes padres,
y èl padre del hermoſo cielo
de Flora; coſa que hacia
en mi laſtimado pecho
concluyentes ſilogiſmos
con mil argumentos ciertos,
que era vària mi eſperanza,
è impoſsibles mis funeſtos
amores; mas como ya
eſtaba en eſto reſuelto,
pedila con mil caricias,
y negòmela con fieros,
que un poderoſo ſe ahorra
de corteſes cumplimientos.
Muriò el Conde de alli à poco,
y quedò Flora vertiendo
dos mares de ricas perlas,
que à ſer capaces de precio,
ſe vendieran muchos hombres
por comprarlas, porque es menos
gozar de la libertad,
que de pedazos de Cielo.
Entendì yo ya que havia
concluìdo, por lo menos,
con los deſdenes de Flora,
con los de mi amor deſvelos,
quando llegandole à dar
el peſame à ſu apoſento,
que de mil fùnebres paños
eſtaba todo cubierto,
me dixo tales razones,
y tan reſueltas, que creo
ella me le diò à mì grande,
no un peſame, ſino ciento.
Obedecìla cortès,
aunque triſte, no queriendo
perder por adelantarme
las eſperanzas, que el ciego
niño amor me concedia,
que nunca fue de diſcretos
arrojarſe del peligro
à los impetus primeros.
Retiròſe de ſu Eſtado
à una Quinta, pareciendo
que eſtaban ſin flor los campos,
quando no eſtà Flora en ellos.
Pareciòme eſta ocaſion
baſtante, y dexando el miedo
à una parte, y el temor
à otra, porque ſon èſtos
del alvedrìo del hombre
dos tropezones, reſuelto
me determinè à coger
de ſu flor el fruto bello.
Y aunque tenia amigos muchos,
y no me faltaban deudos,
no me quiſe acompañar
de ninguno, porque el cuerdo
para las acciones viles
và ſolo, por dos reſpetos,
porque no ſepan ſu infamia,
y no haya en ſu mal terceros.
Lleguè una noche à la Quinta
de mi bella ingrata, al tiempo,
que no hay mortal que no eſtè
al dulce rendido ſueño.
Y con una que llevaba
llave hechiza, voy abriendo
deſde la primera puerta,
haſta el ultimo apoſento;
y en eſtando apoderado
de las quadras, fui con tiento,
y con ingenioſo ardid
de tal manera poniendo
las puertas de los retretes,
dò los Pages, y Eſcuderos
dormian, que era impoſsible

abrir-

abrirlas, ſi no es que al ſuelo
las abatieſſen; mas quando
de todos lleguè al poſtrero,
le abrì, y tomando una luz,
que al de pedernales fuego
havia encendido, me entrè
con paſſos blandos, y lentos,
haſta llegar dò dormia
ſin ningun cuidado un viejo,
y aſiendole de la mano,
pueſta la luz en el ſuelo,
le quitè el ſueño, y mirando
que iba à dar voces, al pecho
le puſe la eſpada, y dixe,
que me enſeñaſſe al momento
el Palacio donde Flora
rendia parias al ſueño,
ſin hablar palabra, antes
que el de la muerte inſtrumento,
y tropezon de la vida
de ſu pecho entràra dentro
à ſaberlo, ſin haver
meneſter agradecerlo.
Callò al punto, porque es caſo
rigoroſo el eſtàr viendo
la muerte junto à la viſta,
y el vivir en tal aprieto.
Diòme las ſeñas del quarto
de Flora, humilde pidiendo
le concedieſſe la vida,
lo qual no hice, que en eſtos,
y otros caſos ſemejantes,
es locura, y deſacierto
tener piedad, porque es
no tenerla de sì meſmo.
Dandole dos eſtocadas,
dexè al miſerable viejo
con la ya frìgida ſangre,
matizando al duro ſuelo.
Cerrè la puerta, y paſsè
al celeſtial apoſento
(ſi es juſto llamarle aſsi)
donde Flora ſin recelos
de tal fracaſo dormia,
aunque ſu corazon, pienſo,
que quando lleguè, con ſaltos
ſe lo eſtaba ya diciendo.
Bolvì à cerrar en entrando,
y llegandome àzia el lecho
dichoſo, por recibir
en ſus brazos un Sol bello,
eſtuve con atencion
una gran pieza ſuſpenſo,
conſiderando el que à hacer
iba inſulto, en la que viendo
imagen divina, eſtaba
tan hermoſa, que prometo,
que para ſus pechos caſtos
era el criſtal muy groſſero,
muy toſco el blanco marfil
para el torneado cuello,
imperfectos los jazmines
para el eſpacioſo cielo
de ſu frente, y el coral
perdiò los hermoſos lejos
para con los de ſu boca
rubicundos labios bellos.
De las eſparcidas hebras
de la madeja, que à Febo
causàra embidia, ſe hacian
mil ſortijas, haſta en medio
de las purpureas megillas,
donde eſtaban compitiendo
la nieve con el carmin
ſobre el aſsiento primero.
Admirado, pues, de vèr,
ò mejor dirè, con miedo
de oponerme à ſu divina
honeſtidad, mas me acerco,
y apenas toquè una mano
de azucenas, quando abriendo
dos ſoles, que encandilàran
el ave de mas imperio,
recordò deſpavorida,
como le ſucede, pienſo,
à la Aurora, quando llega
ſu amante à verla en el lecho
deſnuda, que vergonzoſa
procura cubrirſe: eſto
repreſentaba mi Flora
entre eſpantos, y entre miedos.
Quiſo llamar los criados;
pero le ſalì al encuentro,
diciendo, que los dexaba
en ſus propias camas muertos.
En fin, eſtuve con ella

mas

mas de una hora debatiendo,
ya amoroso, ya enojado,
y ella à todo resistiendo;
que el ànimo mugerìl,
quando està à un desdèn resuelto,
ni por ruegos, ni amenazas
desistirà de su intento.
Por lo qual, considerando,
que eran las palabras viento,
remitir quise à la fuerza,
lo que no alcanzaban ruegos.
Pero apenas con mis brazos
medì los suyos tan tersos,
que con los hilos de sangre
el candor cobraba aliento,
quando à los de voces suyas,
dignos de compassion ècos,
vide por la puerta entrar
al que yo dì muerte viejo,
con una espada en la mano,
y àzia mì se viene, haviendo
muerto primero la luz,
dexandome à mì mas muerto.
Cayò desmayada Flora
sobre sì misma, que un cielo
no es razon que caiga nunca,
sino en brazos de sì mesmo.
Y yo lleno del espanto,
cercado todo de miedo,
palpitando el corazon,
y erizado todo el pelo,
dexo su lado, y procuro,
tirando golpes à tiento,
escapar solo la vida,
joya que no tiene precio.
Mas como era, en fin, castigo
de mis lascivos deseos,
y anima con la que estaba,
porque no podia haver cuerpo,
sì todas quantas tirè
cuchilladas dì en el viento,
y ella no tiraba golpe,
que no me acertasse al pecho.
Determinè de dexarla,
y tropezando, y cayendo,
con los de la puerta umbrales
acertè à dar, despidiendo
por la boca tristes quejas,
por los ojos llanto inmenso;
por las cicatrices rotas
de sangre mil arroyuelos.
Salì de la Quinta assi,
rodeando por momentos
la cabeza, por si acaso
alguno me iba siguiendo.
No quise de aquesta suerte
irme à la Ciudad, temiendo
el justo enojo de Flora,
y el peligro, por ser lejos:
porque iba tan desangrado,
que si del bosque primero
en un pastoril alvergue
no hallàra tanto remedio,
como de una Pastorcilla,
la qual con piadoso zelo
me repretò las heridas,
y aplicò medicamentos;
este fuera el dia, en que
huviera de mis excessos
dadole la cuenta à Dios,
y no buena en aquel tiempo.
Sabiendo, pues, la pesquisa
rigorosa, que iba haciendo
Flora en todos sus Estados,
quise poner tierra en medio.
Aqui à Sicilia passè,
donde del radiante Febo
he visto cumplir diez cursos
por zonas, y paralelos,
retirado en esta Quinta,
en cuyos bosques espesos
me entretengo en matar fieras,
porque en sus pechos me vengo
de aquella que se mostrò
tan fiera para mi pecho.
Oy salì al mismo exercicio,
permitiendome los Cielos,
que libertasse à tu Alteza
de aquel monstruo, que grossero
iba ya à ser de tu vida
parca fatal, si al encuentro
no le saliera mi espada,
que de los ombros tan presto
le derribò la cabeza,
que fue saltando un gran trecho,
mordiendo el suelo, pensando,

que

que eſtaba aun unida al cuerpo.
Dicha, ſeñora, fue tuya,
como mia, porque es cierto,
que no he tenido jamàs
dicha, ſi no ha ſido en eſto.
Eſta es mi hiſtoria, no quieras
ſaber mas, ſolo te ruego,
ſi acaſo de mis deſdichas
ſe te ha enternecido el pecho,
no me deſcubras à nadie,
pues ſabes que en el ſecreto,
ſi Flora me buſca, eſtriva
la poca vida que tengo.
En mì, quando tù quiſieres
ſalir à cazar, te ofrezco
un eſclavo, que con los
pocos criados, al bello,
que en tì el ſacro Cielo puſo
talle, y à eſſos dos luceros,
con alma, vida, y hacienda,
ſervirè ſiglos eternos.
Reyna. Tan admirada he quedado
de tus deſgracias, Leonido,
que à buena ſuerte he tenido
el ſuſto, que oy he paſſado.
Y pues en el tiempo vàrio,
jamàs has podido hallar,
ſino zozobras, y azar,
deſde oy por mi Secretario
iràs conmigo. *Leon.* Tus pies
beſo mil veces, ſeñora.
Flora. Ya hemos confirmado, Flora,
eſta verdad: ea, pues,
ſaquemos del pecho aduſto
rayos para la venganza,
ſea, ſea ſu privanza
muerte de todo ſu guſto.
Reyna. Vamos, que me aguardaràn.
Leon. Que me mandeis ſolo eſpero.
Flora. Al deſcuido ſalir quiero.
Leon. Que como à divino imàn,
de vueſtro coturno irè
ſiguiendo la hermoſa huella,
que ſerà para mì eſtrella,
por eſtampa de tal pie.
Reyna. Y en fin, que te has de llamar
Lauro? *Leon.* Y humilde te pido,
que no me nombres Leonido.
Reyna. Secreto ſabrè guardar.
Vanſe à entrar, y ſale Flora al encuentro de donde eſtaba oculta.
Flora. O què encuentro tan dichoſo!
O què tan alegre viſta
para quien cercada viene
de cuidados! *Reyna.* Bien venida
ſeas, Laura, y no te eſpantes,
pues en deſgracia, y deſdicha
hemos corrido oy parejas.
Leon. Cielos, no es la eſtampa miſma *ap.*
de Flora, la que eſtoy viendo?
Sì, porque ſon conocidas
las ſeñas del talle, y roſtro,
labios, ojos, y megillas.
Mas quièn la ha de haver traìdo
aqui deſde Alexandrìa,
ſurcando ſalobres aguas,
y atraveſſando Provincias?
Quièn? el zelo de la honra,
la venganza, la juſticia,
que atrevimientos enormes
en qualquier parte caſtiga.
Que aunque no conſeguì el fin,
ſe le dà la pena miſma
al que và à hacer la muerte,
como al que la ratifica.
Y aſsi, ſi es ella, y ha oìdo
la relacion referida,
me ha de prender, ſi no ſalgo
eſta noche de Mecina.
Privados tengo los pulſos,
la ſangre en las venas fria,
palpitando el corazon,
agonizando la vida:
todo eſtoy hecho de marmol.
Reyna. Hablale, Lauro, à mi prima.
Leon. El diſsimular importa. *ap.*
A tus pies, ſeñora mia,
tienes un menor criado.
Flora. Levantad, que no ſoy digna,
de que ante mì ſe arrodille
hombre que la Reyna eſtima.
Reyna. Debole, Laura, muy mucho,
que te contarè en la Quinta
con mas eſpacio eſta noche.
Leon. Llamarla Laura, y ſer prima *ap.*
ſuya, bien claro ſe mueſtra,

que mi loca fantasìa
se ha engañado, mas con todo
no cobrarè las perdìdas
fuerzas, hasta averiguar
este caso. *Flora.* Y determinas,
señora, quedarte aqui?
Reyna. Sì, Laura. *Flor.* Cuya es la Quinta?
Reyna. Del que està presente. *Leon.* Vuestra
es, señora, mas que mia.
Flora. Vamos, pues.
Reyna. Camina, Lauro.
Leon. Milagro serà si atinan *ap.*
mis torpes pies à llevarme;
mas si me esperan desdichas,
sì acertaràn, porque siempre
tràs ellas se precipitan. *Vanse.*
Salen Martin, y Clavela.
Mart. En fin, os llamais Clavela?
Clav. Ya no te he dicho que sì?
Mart. Soy muy flaco de memoria:
pero no os haveis de erguir,
quando yo estoy en mi casa,
y vos en casa de mi::-
Clav. De quièn? *Mart.* De mi señor, digo:
dexadme à espacio decir,
que estoy::- *Clav.* Còmo estàs?
Mart. Traspuesto.
Clav. Pues anda vete à dormir.
Mart. No, Clavela, no procede
mi trasposicion de aì.
Clav. Pues de dònde? *Mart.* De tu nombre,
que me hizo un retintin
en las tripas, que parece,
que al instante que le oì,
comenzaron à danzar,
sirviendo de ministril
el organo de tu voz;
y como yo estaba, en fin,
el mas proximo à la danza,
y tan proximado à tì,
en oirla me traspuse,
y en verme me divertì.
Clav. Muy gracioso eres. *Mart.* Soy
en gracias el mas feliz,
que ha havido desde el diluvio.
Clav. Còmo te llamas? *Mart.* Martin,
ò Tordo, pues es lo mismo.
Clav. Muy bien te quadra.
Mart. Pues dì,
sabes el cuento? *Clav.* Yo no.
Mart. Pues quierotele decir.
Presentaronle à mi madre,
vispera de San Pasquin,
un exercito de cosas
para el tiempo del parir;
como fueron, cien pañales,
seis mantillas, y un candil,
un assador, dos sartenes,
un perro, un gato, un rocin,
un almirèz con su mano,
una flauta, un tamboril,
dos gallinas, tres capones,
un pato, y un tordo, en fin.
Y como mis dos abuelas,
dandose puñadas mil,
riñessen sobre qual nombre
mejor me estaria à mì;
saltò el tordo muy erguido,
diciendo: Martin, Martin.
Cayòle en gusto à mi padre,
y dixo: No hay que reñir,
que Martin se ha de llamar;
y como estuviesse alli
el Cura, fue de su parte,
con lo qual cessò el motin;
y como Martin, y Tordo
son sinonomos, assi
à veces Tordo me llamo,
y à veces solo Martin.
Clav. Gusto me dàs con tus gracias.
Mart. Enamorate de mì,
y veràs còmo te pongo
de chufletas. *Clav.* Pues has de ir
à la Corte, guardalas
para allà, que no hay aqui
tanto lugar. *Mart.* Dices bien:
me tendràs espadachin
en la Corte, y yo que soy
poco amigo de reñir,
me he de hallar mal.
Clav. No hayas miedo.
Mart. Confiado he de ir en tì.
Clav. Vamonos, que llega ya
mi señora. *Mart.* Es Laura? *Clav.* Sì.
Mart. Ya me voy, Clavela, pues,
mas no tengo de dormir

un punto, porque he de hacer
à tu nombre un villancì,
à tus labios un ſonè,
à tu cuello una cancì,
à tus megillas cien verſ,
y un roman à tu nariz;
que quiere decir, Clavela,
ſi no entiendes en Latin,
un villancico à tu nomb,
un ſoneto à tu labì,
una cancion à tu cue,
cien verſos à tus megì,
y à tu nar un buen romance,
con lo qual Dios nos dè aqui
gracia, ſalud, y dineros,
y ſu ſanta gloria al fin. *Vanſe.*

Salen Feliſardo, Rey de Ungrìa, y Roſardo, Marquès.

Feliſ. Con mal pie havemos llegado,
pues no eſtà la Reyna aqui.
Roſ. No mas de por eſſo? *Feliſ.* Sì,
eſto me ha pronoſticado
mal fin en mi pretenſion.
Roſ. No diga tal vueſtra Alteza.
Feliſ. Me ha cauſado gran triſteza.
Roſ. Es vana imaginacion,
porque bien mirado el caſo,
mas ſe debe atribuir
à buena ſuerte venir
à tal tiempo. *Feliſ.* Hablemos paſſo.
Roſ. Solos pienſo yo que eſtamos.
Feliſ. Pues eſtoy determinado,
Marquès, de que disfrazado
eſta empreſſa conſigamos.
Roſ. Yo eſtoy de eſſe parecer,
porque gran mengua ſerìa
venir aqui un Rey de Ungrìa
ſolo à vèr una muger.
Por lo qual ſerà mejor
diga tu Alteza, que viene
à las viſtas, y que tiene
titulo de Embaxador,
porque aqui no havrà perſona,
que te conozca; demàs,
que muy disfrazado eſtàs.
Feliſ. Diera toda mi Corona
por tener feliz ſuceſſo.
Roſ. Yo eſpero que le ha de haver;
pero te importa tener
menos còlera, y mas ſeſſo.
Feliſ. Terrible es mi condicion,
mas no tan precipitada,
que dexe de ir ajuſtada
à leyes de la razon:
y aſsi, ſi alguno me trata
fuera de ella, es como al mar
el quererme refrenar.
Roſ. Pues eſſo te deſvarata?
Feliſ. Ya lo echo de vèr, Roſardo;
mas intentarme abſtener
entonces, ſerà querer,
que no ſea Feliſardo;
y ſi acaſo con deſdèn
pienſa Clenarda tratarme,
ella puede perdonarme,
que tengo de hablar tambien.
Roſ. No ſerà acertado medio
deſcubrirſe vueſtra Alteza?
Feliſ. Ya echo de vèr, que es baxeza;
mas no haviendo otro remedio,
yo le enmendarè. *Roſ.* Fiado
en tu prudencia, ſeñor,
eſpero, que de eſte amor
tendràs el fin deſeado.
Feliſ. Vamos, porque es impoſsible,
ſi viene de caza oy,
hablarla, y mas qual eſtoy.
Roſ. Condicion tiene terrible. *ap.*

Vanſe, y ſalen Leonido, y Martin.

Leon. Ya hemos llegado, Martin,
à la Corte. *Mart.* Laberinto
le llamo yo, pues me dicen,
que por milagro ſe ha viſto
acertar hombre à ſalir
una vez dentro metido.
Pero dexando eſto aparte,
cuentame lo que te ha dicho
Laura, que bien sè que eſtàs
deſde ayer::- mas no lo digo,
que tengo mucha verguenza.
Leon. Enamorado? *Mart.* Eſſo miſmo.
Leon. No lo niego: mas no baſta,
Martin, haver padecido
diez años de ſoledad?
Mart. Y ſobra, por Jeſu Chriſto,
que no ſomos San Antones,

Geronimos, ni Benitos.
Leon. Sabràs pues, que estando anoche
de mil ansias combatido,
cercado de mil temores,
y temiendo mil peligros,
por recelos, que me es fuerza
callarlos, y no decirlos,
se llegò Laura àzia mì,
y con semblante propicio
me diò, sì bien con recato,
el parabien de mi oficio.
Dile las gracias gozoso,
lo qual vino à ser motivo
de travar conversacion
con muy corteses principios.
Yo le contè con rebozo
mi historia, y ella al proviso
me hizo de toda su vida
un epitome sucinto.
Dixome, como su padre,
que fue de la Reyna tio,
quedò de Amurates preso
en la Conquista de Cipro,
el qual muriò en la prision
con su muger, y sus hijos,
si no es Laura, à quien librò,
despues de haver padecido
diez años de cautiverio,
con un generoso arbitrio,
Arnesto, que à la sazon
estaba tambien cautivo;
y que havrà un mes que llegaron
à Sicilia, donde han sido
recibidos de la Reyna
con fiestas, y regocijos.
Estas palabras, Martin,
fueron en mi pecho frio
llamas de amor, que abrasaron
mis engañados juicios.
Quedòse quieta mi alma,
mi confusion se deshizo,
y de mis vanos recelos
se borraron los designios.
Y en este instante el amor
bosquejò en el lugar mismo
dò estuvo la fantasìa,
un diseño tan al vivo,
que le juzguè ya perfecto,
aun antes de colorido,
segun la operacion fuerte,
y el efecto que en mì hizo;
porque ya las cinco flechas
pendientes del blanco armiño
de su mano, iba à tocar,
si no me hiciera un retiro
un poco esquiva, por ser
su amor recatado, y limpio,
ò de verguenza, ò ya fuesse
porque la Reyna nos vido.
En fin, se apartò de mì,
hasta que por el camino
esta mañana, passando
por junto de ella, me dixo
con los ojos, como estaba
unido su gusto al mio,
con que confirmè mis glorias,
y juzguè el breve desvìo,
y esquivèz de anoche, solo
por parentesis impìo
al periodo, Martin,
de la dicha que consigo.
Mart. Pardiez, señor, que me huelgo,
porque yo tambien he visto
à Clavela, que ha de ser
la clave de mis sentidos,
la cerraja de mi alma,
tenazas, clavo, y martillo;
que me clave, y desenclave:
mas la Reyna. *Leon.* Suerte ha sido.

Salen la Reyna, Flora, Clavela, Arnesto, el Duque Uberto, y acompañamiento.

Reyna. El caso importa mirarse.
Duq. Tus Consejeros lo vèn.
Arnest. Y aun condenan tu desdèn.
Reyna. Como ellos no han de casarse,
todo les parece bien:
yo lo mirarè mejor,
pues soy quien me he de casar.
Leon. Yo quiero, Martin, llegar.
Duq. Justo es, que à un Embaxador
de Ungrìa::- *Reyna.* No hay sino callar.
Leon. A tus pies, señora mia,
tienes à Lauro postrado;
perdona si me he tardado,
por ser oy el primer dia
en que entro à ser tu criado.

Reyna.

Reyna. Levantad del ſuelo, alzad,
Secretario, que no haveis
hecho falta. *Leon.* Es que me haceis
dos mil mercedes. *Reyna.* Mirad,
que aqueſta noche me habléis.
Leon. Cumplirè vueſtro mandato,
y humilde os pido, ſeñora,
que mireis aqueſte aora.
Dale un Memorial.
Reyna. Que me place. *Leon.* Sedme grato, *ap.*
Cielo, ſolo en eſta hora.
Duq. Què decis, ſeñor Arneſto,
à eſtas coſas? *Arneſt.* Que es rigor
tratar à un Embaxador
tan deſabrido, mas eſto
conſiſte en falta de amor.
Duq. Nunca el caſar le ha agradado.
Mart. Clavela, ya has olvidado
à quien no ceſſa de amarte?
Clav. Què quieres?
Mart. Hazte à eſta parte,
te contarè mi cuidado.
Clav. Què hay de poesìa? *Mart.* Sonetos,
villancicos, y canciones.
Clav. Verſos ſeràn remendones.
Mart. No ſon, sì los mas perfectos,
que han oìdo las naciones.
Flora. Confuſa eſtoy, y turbada, *ap.*
y con no pocos temores
de eſta carta, que hay rigores,
que haſta eſtàr en la eſtacada
no deſcubren ſus dolores.
Pero quièn puede ſaber
en Sicilia quien yo ſoy?
Leon. Temblando de miedo eſtoy. *ap.*
Flora. Ya ha acabado de leer. *ap.*
Reyna. Ha Lauro? *Leon.* Muriendo voy. *ap.*
Señora. *Reyna.* Necio, y diſcreto
en tu pregunta has andado:
necio en haver preguntado,
ſi tendrà tu amor efecto,
quando hayas à Laura amado,
ſupueſto que echas de vèr,
que es mi prima, y que ſerìa,
como ſuya mengua mia,
venir à ſer tu muger,
deſpreciando yo al de Ungrìa.
Diſcreto, en que en preguntar,
ſegun, Lauro, me imagino,
te confieſſas por indigno,
y para deſpues no errar,
preguntas por el camino.
Bien has hecho, y porque es juſto,
que venza la diſcrecion,
premiarte es mucha razon;
y aſsi, ſi es de Laura guſto,
no te harè contradiccion.
Leon. Beſo mil veces tus pies.
Duq. Alguna merced le ha hecho. *ap.*
Flora. No le harà muy buen provecho. *ap.*
Reyna. No os digo mas. *Leon.* Premio es,
como de eſſe heroico pecho.
Reyna. Vèn conmigo. *Flora.* Lauro, eſcucha.
Vanſe la Reyna, el Duque, y Arneſto, y al irſe Leonido le detiene Flora.
Leon. Ya voy. Ya, ſeñora mia, *à Flor.*
buelvo. *Flor.* Gentil corteſìa!
Leon. Me llamò la Reyna. *Flora.* Es mucha
razon, andad. *Leon.* Bien podia
dexarme aqui, pues quedaban
dos ſoles, que me alumbraban,
à cuyos rayos quiſiera
calentarme, ſi pudiera
cumplir lo que me mandaban.
Flora. Què le has pedido? *Leon.* No mas,
de que me dexe adorarte,
ſervirte, verte, y amarte.
Flora. O què eſcrupuloſo eſtàs!
Leon. A darte de todo parte
al punto buelvo. *Flora.* Id con Dios.
Leon. El me buelva preſto à vos.
Flora. Me amas mucho?
Leon. Mas que à mì.
Flora. Què dices? *Leon.* Que eſtoy en tì,
tù en mi pecho, yo en los dos:
què me reſpondes? *Flora.* Que eſtoy
agradecida à tu amor.
Leon. Dame pues algun favor.
Flora. No te vàs? *Leon.* Ya no me voy,
la Reyna aguarde. *Flora.* Peor
es hacer tal deſacierto:
buelve luego. *Leon.* Y ſi no acierto,
còmo, Laura, bolverè?
Flora. Pues por què, Lauro? *Leon.* Por què?
porque voy de amores muerto.
Vanſe Leonido, y Martin.

Clav. Lastima tengo, señora,
de que seas homicida
de quien à tu amor rendida
tiene el alma. *Flora.* Si es traidora,
no es justo que tenga vida;
que quien atrevido, y loco
me quiso el honor quitar,
sin vèr, ni considerar,
que estimandome en tan poco
me tenia de vengar,
es cierto se resolviò
el castigo à padecer.
Este en mì le ha de tener,
que serà en darselo yo
mas grande por ser muger,
que aunque tan amante aora
me requiebra, y enamora,
bien sabes que no es por mì,
que à fè no lo hiciera assi,
si supiera, que soy Flora.
Mas pues tambien ha trazado
lo que tanto he deseado,
le he de mostrar mucho amor,
para vengarme mejor
cogiendole descuidado.
Se hallarà de aquesta suerte,
si saliere victoriosa;
tirano amor en esposa;
un alivio en una muerte;
y en Muger venganza Honrosa.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Felisardo, Rey de Ungrìa, y Rosardo, Marquès.

Ros. No hay por què estès enojado
de haver esperado un mes.
Felis. Por mi Corona, Marquès,
que estoy ya tan enfadado,
que si no echàra de vèr,
que me mata su hermosura,
atribuyera à locura
sufrir tanto à una muger;
porque no quererme dar
el sì, ò no, tan solo es
para matarme despues,
comenzarme à hacer penar.
Ros. Digo, que teneis razon;
pero has de estàr advertido,
que pues no te ha despedido,
te tiene alguna aficion:
aguarda, que en la esperanza
se sustenta todo amor.
Felis. Nunca en hombres de valor
lugar essa regla alcanza,
que un Principe no ha de estàr
sujeto à la comun ley,
que esso ya no era ser Rey,
sino hombre particular;
fuera de estarle tan bien
à Sicilia el casamiento.
Ros. No hay por què estès descontento,
hasta que respuesta dèn.

Salen riñendo el Duque Uberto, y Leonido, y Arnesto metiendo paz.

Duq. Pues tù te atreves à mì?
Arnest. Tenèos, Duque. *Leon.* Mi persona
os darà à entender quien soy.
Arnest. Detente, Lauro.
Ros. Aqui importa
socorrer. *Felis.* Què es esto? Afuera,
tenganse todos.

Metese de por medio el Rey, y el Marquès.

Duq. Tù tomas
el guante que alcè primero?
Leon. Es mio. *Felis.* Bueno està, y sobra.
Duq. Agradeced al padrino.
Leon. Si agradezco, por ser cosa
injusta quitar la vida
à quien me diò à ganar honra
por esta prenda, la qual
me podreis pedir à solas,
Duque, quando os diere gusto:
solo os advierto, que es poca
la potencia que teneis
para hazaña tan heroica;
porque llevando conmigo,
quien es bastante à hacer sombra,
y à servir de nube en parte
al lucero de mas orlas;
(que à quien tiene en sì dos soles,
bien le quadra esta axioma)
es cierto, que ha de impedir
vuestros golpes, y en retornas;
pues es nube de una mano,
pres-

prestarà à mi mano bombas,
aunque os consuma, y abrase,
con que el abismo esconda,
quantas me pusiereis vidas,
quantas trajereis personas
para de mì defenderos,
que para hacer esto sobra,
Duque Uberto, solo un guante
de una muger, que es hermosa.

Vase Leonido, quierele seguir el Duque, y Felisardo le detiene.

Duq. Señor, aunque perdoneis::-
Felis. Estaos quedo, que no importan
las palabras, quando son
de amantes, porque son locas;
que un hombre que tiene amor,
yo os doy palabra, que montan
tanto, como estàr sin sesso.
Duq. Yo os obedezco. *Felis.* Estas cosas
son propias de los que aman,
todo es pesares, discordias,
agravios, zelos, desdichas,
sin otras dos mil zozobras.
En mì està claro el exemplo,
ò en mi Rey, porque las horas,
me escribe, se le hacen años,
aguardando la dichosa
resolucion de la Reyna.
Ros. Muy bien finge. *ap.*
Arnest. Bien à Flora *ap.*
se le trazan sus intentos.
Duq. Señor Embaxador, toda
la fuerza de estos negocios
pienso estriva solo aora,
en que la Reyna ha sabido
de fidedignas personas,
que es Felisardo::- *Felis.* Decid.
Duq. De condicion rigurosa.
Felis. Què mas? *Duq.* No se dice mas.
Felis. Pues à fè::- *Ros.* Señor, reporta.
Felis. Que lo serà de tal suerte,
quando tales nuevas oiga,
que puede al punto Sicilia
tomar las armas. *Ros.* Aora *ap.*
se pierde, si se descubre.
Duq. No os altereis, que auque sobran
fuerzas para resistirle,
quando à venir se disponga,
yo os prometo de mi parte
alentar tanto las cosas,
que à mas tarde esta semana
queden firmadas las bodas,
pues à todos està bien.
Felis. Hareisme merced no poca,
Duque, que sabrè pagar
por salir de esta congoja:
y à los que de mi Rey dicen
falsedades tan notorias,
decidles, que yo, que soy
aqui su propia persona,
sustentarè cuerpo à cuerpo,
ò de otra, si quieren, forma,
que mienten en lo que han dicho:
mas porque es accion muy propia
de cobardes el venir
siempre en gavilla, y en tropa,
decid, que vengan asi,
que para alcanzar victoria
de quadrillas fementidas,
una amenaza, una sombra
de quien la verdad defiende,
es bastante, y poderosa.

Vanse Felisardo, y Rosardo.

Arnest. Brava arrogancia, por Dios.
Duq. Estos efectos denotan
ser verdad lo que se ha dicho,
porque claramente consta,
que ningun hombre jamàs
se enoja, ni se apasiona
de aquello que probar puede
solamente con las obras.
Arnest. Es verdad, que dà motivo
para sospechas no pocas
haverlo sentido tanto
el Embaxador. *Duq.* No importa,
que primero que à la Reyna
le salga el sì de la boca,
sabrà la verdad muy bien;
pero bolviendo à mi historia,
què os parece el desacato
de Lauro? huviera persona,
que oyendo tales oprobios,
y escuchando tales cosas,
tuviera cordura, Arnesto?
Arnest. Digo, que razon os sobra;
pero la altivèz que tiene

es

es, porque Laura le adora:
para matarle despues. *ap.*
Duq. Y mas se fia en la honra,
que le hace la Reyna. *Arn.* Es justo,
si le diò la vida. *Duq.* Apoyan
mas de lo que fue el sucesso:
pero dexando esto aora,
vamos à hablar à la Reyna,
para que à hacer se disponga
lo que mejor le estuviere.
Arnest. Por una via, ò por otra
ha de ser el casamiento,
Duque, solo à nuestra costa. *Vanse.*

Sale Flora.

Flora. Noche, que con tu manto poderosa,
eres para encubrir rayos lucientes
del claro Febo, à cuya luz desmientes,
mientras que en el Occeano reposa:
Dame tu auxilio, muestrate piadosa
en socorrer mis passos diligentes
al que pretendo fin; pues que bien sientes,
q̃ es la q̃ quiero hacer vẽganza honrosa.
Y pues tù fuiste quien en mi tormenta
à Leonido le diste confianza
para mi deshonra, estame atenta
à la que quiero conseguir bonanza,
que quien ayuda dà para la afrenta,
justo es la dè para tomar venganza.
Sale Clavela. Ya he prevenido, señora,
todo quanto me mandaste;
ya dì tu carta à Leonido,
que con ternezas notables,
como hombre engañado, al fin,
y del sucesso ignorante,
le dixo dos mil requiebros,
que à ser las letras capaces
de sentido, pienso yo,
trocàran à aquel instante
las razones, por no vèr
loar con afectos tales,
à quien solamente tiene
pensamiento de matarle;
y en lugar de que viniesse,
dixeran, que se ausentasse.
En fin, ya leyò, y me dixo,
que gustarà de esperarte,
por gozar de tì despues
dos mil horas que le mandes;
Vine con esto, y al punto
entrò Arnesto, con el arte,
y diabolico instrumento,
al puesto que señalaste.
Quedè temblando de verle,
y quisiera que mirasses
mas bien, señora, primero
lo que se te hace tan facil.
Flora. Yo no he menester, Clavela,
que me dè consejos nadie,
para lo que à mì me importa;
pues que conoces, y sabes
todo el tiempo que he gastado
en buscar por todas partes
un modo por donde pueda
honradamente vengarme.
Y aunque parece dificil,
es en nosotras tan facil
hallar para una venganza
el modo, camino, y arte,
que si alguna no la intenta,
no es porque el saber le falte,
sino por andar buscando
cada dia otra mas grande.
Yo la he hallado; y assi
no tienes que aconsejarme,
porque una muger resuelta
en hacer un disparate,
aunque delante se pongan
exercitos, y falanges,
darà la vida primero,
que dexe de executarle. *Vanse.*

Sale Leonido.

Leon. Noche, que con tu manto tachonado
de noctibaxas luces, me pareces,
que mirando por brujulas ofreces
dulce ocasion à todo enamorado:
Guia mis torpes pies al regalado (ces
pecho de Laura hermosa; y pues dos ve-
son ya con èsta las que favoreces
al menos en amor afortunado;
humilde te suplìco, que no sea
tan infeliz mi suerte, como quando
de los brazos de Flora salì huyendo:
Aparta tales sombras de mi idèa,
mientras el cielo, que me està esperando,
llego à gozar, porq̃ las voy temiendo.
Sale Martin. No he tenido poca suerte,
pues

pues no he topado ninguno,
ya que de mi Clavelilla
me voy como vine ayuno.
Vive Dios, que es gran picaña,
pues viendo quan sin barruntos
podiamos esta noche
lograr nuestro amor, y gusto,
se ha hecho de la perdida,
y se ha escondido al descuido,
dexandome entre tinieblas
hecho mochuelo, ò lechuzo.
En la antesala de Laura
estoy aora, y barrunto,
que me puede alguno vèr,
si aqui me detengo mucho.
Yo me voy, porque no quiero
ser causa de algun insulto,
que le cueste à mi señor
honra, ò vida, ò todo junto.
El queda aora con Laura,
à la luz de dos carbunclos,
gozando de sus amores,
sì bien, muy castos, y puros.
Mas ay de mì! en aquel lado
me parece que hay un bulto,
si no es que con las vislumbres
de la lampara lo indujo
mi vista, la qual està
tan perdìda ya del susto,
que aora se me hacen ciento
donde vì denantes uno.
No sè què tengo de hacer,
porque si es que me aventuro
à passar por junto de èl,
aunque sea un zambo, ò zurdo,
à palos ha de embiarme
à cenar al otro mundo.
Si buelvo à entrarme, es peor,
porque todos de consuno,
los de adentro, y los de afuera,
me han de dexar en los puros:
temblando estoy como azogue.
Leon. Con mil de mi honor impulsos,
con dos mil de Laura zelos
estoy luchando confuso,
viendo que ha salido un hombre
de su quarto: el pecho adusto
de còlera, è ira và
aumentandome por puntos
fuerzas, para que esta noche
sea de los dos verdugo,
si ratifico mi agravio,
y es verdad lo que barrunto.
Este, sin duda, es el Duque,
porque à este puesto ninguno,
si no es èl, viniera à darme
los que ya padezco, y sufro
zelos, que se han de bolver
en tal detrimento suyo,
que como yo de amor, puede
tenerlos ya èl de difunto.
Y si està Laura ocupada,
que por impossible juzgo,
vive Dios, que ha de probar
tambien los filos agudos
de mi estoque, por las bocas,
que le abrirè, porque el gusto,
que ella tuvo en deshonrarme,
me le dè su sangre en triunfo:
mas dexando dilaciones,
yo llego. *Mart.* Por San Panuncio,
que se acerca à mì: ya es fuerza
mostrarme un poco robusto,
sacar la espada arrogante,
echar tres, ò quatro rumbos;
y fingirme Duque, ò Conde,
que me viene bien à punto
aora, porque ya huelo
mas que almizcle, y calambuco:
pero quiero adelantarme.
Quièn và allà? *Leon.* Esso pregunto.
Mart. No lo he oìdo hasta aora.
Leon. Oìdlo pues. *Mart.* Oìte puto:
el diablo me metiò aqui.
Leon. Què decìs? *Mart.* Que estais sañudo:
pues no echais de vèr que soy
el Duque Uberto? *Leon.* Què escucho!
mi deshonra: pues què aguardo,
que vengarla no procuro?
Ea, valeroso brazo,
dad à conocer al mundo,
que soy Leonido, y que soy
quien para tales insultos
no ha menester otra ayuda,
ni delante mì otro muro,
ni mas armas, que esta espada,

ni mas que mi pecho escudo;
porque quien lleva delante
la razon, và tan robusto,
que en falanges de enemigos
se puede arrojar seguro.

Mart. Segun se ha alterado, mas
que el propio Duque es, presumo,
y el modo para matarme
està inquiriendo confuso.
Negros pañales mi madre
me vistiò, tristes arrullos
me hizo, y negros gorgeos
los que yo hice en brazos suyos.

Leon. No hay que aguardar mas, Duque,
pues que à los Cielos les plugo,
que os topasse en este puesto,
venìos para mì al punto,
probareis de aqueste brazo
el mas valiente, que puso
valor la naturaleza
con el soberano impulso.

Và retirandose Martin, y Leonido le sigue.

Lauro soy, no os retireis,
porque si me acerco mucho,
soy fuego, y os dexarè
convertido todo en humo.

Mart. Hablàra yo para ogaño,
que estoy ya casi difunto:
señor, yo soy Martinico.

Leon. Pues, infame, quièn te trujo
aqui dentro? *Mart.* Quedo, quedo,
no te llegues, porque juzgo,
que no te he de oler muy bien,
porque estoy::- *Leon.* Què aquesto sufro!

Mart. Señor, como con Clavela
ando contino en dibujos,
y en mis dares, y tomares,
y en puntos, y contrapuntos,
la quise esta noche hablar,
pensando venia seguro
de tì, como te juzgaba
de la hermosa Laura junto;
y haviendo::- *Leon.* No digas mas:
vete de aqui, que te juro,
que me has dado pesadumbre.

Mart. Y tù à mì miedo muy mucho:
te he de esperar? *Leon.* Aqui fuera,
que està un poco mas obscuro,
estaràs, ò si no vete,
no acierte à toparte alguno.

Mart. Las diez contè quando vine;
entrar puedes. *Leon.* Vete al punto,
que yo sè lo que he de hacer.

Mart. Por servirte me harè mudo,
y plegue à Dios, que me dè
cien azotes un Verdugo,
si por sesenta Clavelas
otra vez me hiciere buho. *Vase.*

Leon. Que en este puesto aguardasse
me escribiò mi Laura hermosa,
diciendo, no me enfadasse,
por ser contingente cosa,
que la Reyna la ocupasse.
Dos horas ha que la espero,
de su palabra fiado,
y como tanto la quiero,
no solo no me dà enfado,
mas por esperarla muero;
porque quando alguno aguarda
una gloria muy subida,
de esperar no se acobarda;
porque es mas apetecida,
mientras mas en venir tarda.
Fuera de que es bien tomar
un grande placer con tiento,
porque acontece matar
un repentino contento
à veces mas que un pesar.
Mas ay de mì, què dolor
en este punto me ha dado!
cubierto estoy de un sudor
tan frio, que me ha dexado
sin fuerzas, y sin vigor. *Sientase.*
Ay Laura! què triste hora
es esta en que me has llamado,
aunque el dolor que en mì mora,
solo es de haverme acordado
en este punto de Flora:
que aunque soy robusto, y fuerte,
y de ordinario la alabo,
viene à dexarme de suerte
pensar en ella, que al cabo
pienso, que me ha de dar muerte.

Queda dormido, y salen Flora con una carta, Arnesto con una escopeta, y Clavela.

Flora. Ya creo, que se ha dormido,
aguar-

aguardame en eſta puerta,
y haſta que yo aviſe, Arneſto,
no diſpares la eſcopeta.
Sabes lo que te he advertido?

Arneſt. Aunque no me lo advirtieras,
no me atreviera à hacer mas.

Flora. Pues Clavela no lo ſepa,
haſta el fin. *Arneſt.* Aſsi lo harèmos.

Flora. Quiero con eſto, que entienda
el mundo la traza, y modo,
con que una muger ſe venga.

Clav. Señora, mira, por Dios::-

Flor. No me canſes mas, Clavela,
baſta que te he dicho ya
que quedaràs muy contenta
de lo que yo hiciere aora.

Arneſt. Dexala, no la detengas.
Llega, pues. *Flora.* Tened ſilencio.

Llega Flora à donde eſtà Leonido, y le dexa la carta, y quedan Arneſto, y Clavela à la puerta.

Arneſt. Si en eſta ocaſion diſpierta,
ſe ha de hallar perdida Flora,
aunque ſon tales ſus tretas,
que ſabrà ſalir de todo.

Clav. No haya miedo que ſe pierda.

Arneſt. Con todo và temeroſa.

Clav. El tener temor es fuerza
en lance tan apretado.

Arneſt. Ya viene. *Flora.* Diſpara, y entra
tràs mì al punto.

Diſpara Arneſto la eſcopeta, y vanſe todos, y Leonido ſe levanta aſſuſtado.

Leon. Quièn và allà?
què traicion, è infamia es eſta?
Nadie hay aqui; pero quièn
eſta carta me ha dexado?
que ſegun me dà cuidado,
no me pronoſtica bien,
ni el modo con que la han dado;
porque, ò bien quiſo matarme
quien el tiro diſparò,
ò bien quiſo diſpertarme,
y eſta carta me dexò
para algun conſejo darme.
Suframos temores tales
à ſolas, porque mi ſuerte
me los dà tan deſiguales,
que no hay que temer la muerte
quien puede ſufrir los males.
Y aſsi, yo quiero leer
ſignandome con la Cruz
eſta carta, para vèr,
pues en la lampara hay luz,
lo que me mandan hacer.

Acercaſe à una lampara, que havrà à un lado.

Dice el ſobre-eſcrito aſsi:

Lee. Si tratas de amores mas,
abreme, que ſolo en mì
el deſengaño hallaràs
de lo que te importa à tì.

Rep. Si no es baſtante ocaſion
èſta para quedar muerto,
juzgue la propia razon,
pues quanto miro diſpierto
ſeñales de muerte ſon.
Valgame Dios! quièn ſerà
el que me diò eſte papel?
què es lo que decir querrà?
pues ſolo en verme con èl
dos mil anguſtias me dà?
Y tengo tan oprimido
el corazon en el pecho,
que con haver ya leìdo,
que eſtà dentro mi provecho,
las manos me ha entorpecido
de tal manera, que quando
me determino à le abrir,
eſtàn de temor temblando,
que parecen impedir
lo que eſtoy ya deſeando.
Pero què bien puedo hallar
en quien me manda apartar
de los de mi Laura amores,
ſino penas, y dolores,
rabia, deſdicha, y peſar?
ſalgamos, pues, de cuidado,
que es baxeza andar aſsi.

Abre la carta, en la que eſtarà pintada la muerte, con el rotulo: Yo ſoy Leonido.

Mas quièn eſtà aqui pintado?

Lee. Yo ſoy Leonido: ay de mì!
que me ha muerto mi pecado.

Al leer el rotulo, dà una gran voz, y cae amortecido; y sale la Reyna à medio vestir, con una espada en la mano, y en la otra una luz.

Reyna. Por aqui sonò la voz,
y por esta misma parte
dispararon la pistola,
que me dispertò denantes.

Salen por el otro lado Flora, Arnesto, y Clavela de prisa.

Flora. Sal, Arnesto, sal, Clavela,
que esta voz es de mi amante,
y pienso que me lo han muerto,
para à mì tambien matarme.

Reyna. Possible es, que en mi Palacio
se haga traicion tan grande?

Flora. Prima, señora, pues tù
sola, y de essa suerte sales?

Reyna. Si, Laura, porque me importa
saber quien aquesto hace,
casi en mi propio aposento,
casi en mis propios umbrales.

Arnest. Aqui està Lauro tendido.

Lleganse todos à verle.

Flora. Què dices? *Reyna.* Hay semejante
desdicha! *Flora.* Ay Lauro querido!
ay dulce esposo! ay mi amante!

Reyna. Ea, Laura, no dès voces.

Arn. No està muerto. *Reyna.* Levantadle,
que algun desmayo serà.

Flora. Bien temia yo estos males,
bien temia estos sucessos,
bien temia estos pesares.

Clav. Quièn viò fingimiento igual? *ap.*

Reyna. Ya te he mandado que calles.

Levantan à Leonido, y buelve en sì, mirando à todos.

Arn. Ha Lauro? Lauro? *Flora.* Bien mio?

Reyna. Ya buelve. *Clav.* Los ojos abre.

Arnest. Ya està en sì.

Reyna. Lauro, què es esto?

Flora. No me hablas, Lauro?

Leon. Ay Angel!

Reyna. Te han herido? *Leon.* No señora,
aunque està de parte à parte
passado mi corazon.

Reyna. Pues dì còmo? *Leon.* Que me place.
Reyna, y señora, yo soy
quien tù solamente sabes,
y en este papel vèr puedes,
si de ello estàs ignorante.

Enseña à la Reyna la carta, y admiranse todos.

Yo soy, señora, en amores
el hombre mas miserable,
que criò naturaleza
del globo en las quatro partes.
Bien sabes lo que te dixe
en mi Quinta aquella tarde,
que te perdiste cazando,
y yo solo pude hallarte;
pues dexando aquello, ya
que por tus mercedes grandes
merecì servir à Laura,
y pretenderla galante:
quiso el Cielo aquesta noche,
con espantosos señales,
con prodigiosos portentos,
con enigmas espantables,
declararme por indigno
de su hermosura, que sabe
poner limites el Cielo
tambien en las calidades,
que siendo Laura un sol bello;
es bien que otro le acompañe;
y pues es Angel, es justo,
que la acompañe otro Angel.
Y porque no estè protervo,
como es comun en amantes
padecer por lo que adoran
quantos les vienen desastres,
me amenaza con la muerte,
golpe en que no puede hallarse
corazon tan atrevido,
que se atreva à repararle.
El papel està muy claro,
el entendimiento facil,
la amenaza rigurosa,
el aspecto formidable:
por lo qual, con tu licencia
me voy dò no sepa nadie,
que tienes hombre contigo,
que es pronostico de males,
que aunque Laura me lastima,
y siento que has de enojarte,
dà mucho miedo la muerte,

y

y assi podreis perdonarme.

Vase huyendo, quedandose la Reyna con la carta.

Flora. Ha Lauro? Lauro? *Reyna.* Seguidle,
y en nombre mio, mandadle,
que no salga de Palacio.

Vanse Arnesto, y Clavela.

Flora. Vèn tambien. *Reyna.* Por agradarte
irè, Laura, y porque quiero,
que se averigue, y declare
el inventor de este engaño,
que pienso es el Duque, antes
que amanezca el dia. *Vase.*

Flora. Es justo.
Todas estas cosas hace
una muger, que procura
honradamente vengarse. *Vase.*

Sale Felisardo.

Felis. Cansado de esperar sin esperanza,
y por solo esperar algo paciente,
neutral el bien, y el mal casi presente,
padezco de Clenarda la pujanza.
Adoro en ella, y su hermosura alcanza
tanto en mi corazon, que el accidente
de mi mal natural, en el luciente
de su rostro Zenit, halla bonanza.
Mas no es efecto grande, que dos Soles
à hacer Zona à Noruega son bastantes,
quanto, y mas à abrasar el pecho mio.
Y aunq̃ alumbran, sirviendo de faroles
à mis intentos, en buscarla errantes,
de merecer su mano desconfio.

Sale Rosardo. En este punto, señor,
dos nuevas he recibido,
que en venir à un tiempo han sido
mucha dicha, y gran favor.
Es la una, que ha mandado
oy la Reyna darte audiencia,
porque quede en su presencia
este negocio acabado.
Y la otra, que la gente,
que embiaste à apercibir
està ya para partir,
y vendrà muy brevemente.

Felis. Albricias te huviera dado,
Rosardo, si las pidieras,
pues con otras no pudieras
nuevas haverme alegrado:
porque quando mas no fuera,
sino la Reyna llamarme,
bastaba para quitarme
quanta tristeza tuviera.

Ros. Yo fio, que has de tener
buen fin en tu casamiento.

Felis. Del que cobrarè contento
vendrè el juicio à perder;
mas tan degraciado soy,
Rosardo, en lo que pretendo,
que aunque el bien propio estè viendo,
siempre temeroso estoy.
Por lo qual quiero tener
mi gente cerca de aqui,
para si acaso por mì
no quiere ser mi muger,
lo sea por el temor
de la que propondrè guerra,
que Francia, è Inglaterra,
sè que me daràn favor.
Y pues me han puesto el furioso,
mostrarlo serà razon,
si en la presente ocasion
no me admite por esposo.

Ros. Tu Magestad se reporte
mientras estemos aqui.

Felis. No importa, que para mì
es poco toda esta Corte.

Ros. Esso es arriesgar tu vida.

Felis. Ganar serà la perder,
porque siendo por muger,
es ganada, y no perdida. *Vanse.*

Salen la Reyna, y el Duque Uberto.

Duq. Ya, señora, estoy aqui,
dime aora lo que mandas.

Reyna. Cierra essa puerta primero,
y dame la llave.

Cierra el Duque, y dale la llave à la Reyna.

Duq. El alma *ap.*
tengo llena de temores,
sin saber ninguna causa
por donde pueda tenerlos.
Ya, señora, està cerrada;
esta es la llave. *Reyna.* Aora pues
quiero que en pocas palabras,
sin arengas, ni rodèos,
sin embustes, ni patrañas,
una verdad me confiesses,

por-

porque solo en confessarla
estriva, Duque, tu vida,
tu grandeza, y tu privanza.

Duq. Señora, dì lo que quieres,
que por la cruz de esta espada,
y por la que de mis padres
sangre heredo ilustre, y clara,
te prometo de decir
la verdad, en todas quantas
preguntas hacer quisieres,
aunque en ello aventuràra
la honra, la hacienda, y vida,
y si tuviera::- *Reyna.* Esso basta:

Enseñale la carta donde està pintada la muerte.

no passeis mas adelante,
si no mirad esta carta,
este diseño, esta enigma,
y esta muerte aqui pintada;
y decid si la haveis hecho,
porque Lauro dexe à Laura,
llenado de este temor,
forzado de esta amenaza,
para con mas libertad
vos, Duque, galantearla.
Parece, que os espantais,
y que ya con las mudanzas
del gesto, me estais diciendo,
que os disponeis à negarla.
Pues mirad bien lo que haceis,
que el color del rostro os falta,
señal dò se manifiesta,
la culpa que hay en el alma.
Mirad, Duque, que tambien
tengo secretas probanzas,
que si del todo no os culpan,
para condenaros bastan.
Mirad, que tambien me consta,
que haveis tenido travadas
con Lauro muchas pendencias,
solo porque dexe à Laura.
Mirad, que tambien me hàn dicho,
que le armabais assechanzas
à su vida, quando fue
por mi Embaxador à Francia.
Todos los quales indicios
abiertamente declaran,
que haveis sido el inventor
de esta diabolica traza;
y asi, si la confessais,
ademàs de perdonarla,
por mi vida, Duque, os juro
de no descubrir palabra,
si necesidad no huviere;
y si la venganza empacha
vuestro corazon, mirad,
que à puerta estamos cerrada,
y aunque os oiga yo, no importa,
pues nunca os darè en la cara
con ella, segun pondrè
gran cuidado en olvidarla.
Pero si acaso rebelde
me la negais, y en vos halla
mas lugar el pundonor,
mas asiento la arrogancia,
haveis de ir desde aqui preso
à donde os saquen mañana
à cortaros la cabeza
en una pùblica plaza.

Duq. Quièn viò confusion mayor! *ap.*
quièn viò tales amenazas
en quien de delito, y culpa
un rasgo apenas se halla?
Libre estoy, y temo mucho,
que una muger enojada,
ademàs si es poderosa,
al mas valiente acobarda.
Si niego, me ha de prender,
si digo verdad, me mata;
que aunque la verdad no quiebra,
tanto à veces se adelgaza,
que viene à morir aquel
à quien la traicion levantan,
primero que se averigue,
que fue falsedad, ò infamia:
fuera de que me recelo,
que ha sido de Lauro traza,
porque me quiten la vida;
y asi, pues averiguarla
podrè la verdad despues,
en esta ocasion me valga
la mentira, porque à veces
es provechosa, aunque mala.

Reyna. Què estàs diciendo entre tì?
què piensas? por què no hablas?

Duq. Què tengo de hablar, señora?

sino

ſino poſtrado à tus plantas
pedir perdon de mis culpas,
pedir perdon de mis faltas,
dando ſolo por deſcargo
ſer por amores, que baſtan
para que el hombre mas cuerdo
haga eſtas coſas. *Reyna.* Levanta,
que me has dado mucho guſto
en ſaber que fuiſte cauſa
de tan ingenioſo ardid.
Yo cumplirè la palabra,
que te he dado; mas te advierto,
que pues ſabes, que ſe llama
Leonido, jamàs le nombres,
porque importa aſsi, y à Laura
voy à conſolar con eſto.
Duq. Otra vez beſo tus plantas.
Reyna. Llamadme al Embaxador,
que me dicen, que ſe enfada
de eſperar tanto. *Vaſe.*
Duq. Irè al punto:
hay invencion mas eſtraña!
que es Leonido dice, quando
ſolo que Lauro ſe llama
he podido conocer:
pero en eſto hay encerrada
alguna coſa que importa;
y pues no me và à mì nada,
callarè, pues me condeno
yo miſmo por una carta. *Vaſe.*
Salen Flora, y Clavela.
Clav. Señora, què guſto tienes
de tantas penas le dar,
ſi al cabo le has de matar?
Flora. Muy necia, Clavela, vienes;
verle penar ſon mis bienes,
verle triſte mis contentos,
porque no fueran tormentos,
ni menos venganza fuera,
ſi de una vez pretendiera
dar fin à mis penſamientos:
porque aunque quitar la vida
es el tormento mayor,
ſi no precede dolor
es mucho menos ſentida:
de la ſuerte, que una herida
que llega haſta el corazon,
mata, mas no hay la paſsion
que huviera, ſino llegàra,
y haſta dar muerte causàra
dolor, pena, y afliccion.
Aſsi yo, Clavela, quiero
no matarle de repente,
ſino que ſienta impaciente
eſtas anguſtias primero.
Clav. Corazon tienes ſevero:
mas èl viene aqui. *Flora.* Fingir
me importa aora, y ſentir
ſu triſteza.
Salen Leonido, y Martin.
Mart. Eſto es curar,
ſi no te quieres alegrar,
no hay ſino echarte à morir.
Leon. Ya me tienes enfadado.
Mart. Y tù me tienes podrido.
Flora. Seas, Lauro, bien venido.
Leon. No podrè ſer mal llegado,
acogiendome al ſagrado
del cielo de tu hermoſura,
aunque no con la ventura,
que haſta aqui merecì verte,
pues no menos que la muerte
guardarte de mì procura.
Y es, Laura, mucha razon,
que eſſos ojos ſoberanos,
eſſas roſas, eſſas manos,
ſolo dignas de un Rey ſon:
Quiſiera pedir perdon
de los que te he hecho eſtos dias
galanteos, y alegrias,
aunque no he tenido culpa,
pues me baſta por diſculpa,
que tù tambien me querias.
Flora. No me dès, Lauro, mas penas,
ſi no me quieres matar. *Llora.*
Clav. Bien ſabe diſsimular. *ap.*
Leon. No riegues las azucenas
con agua de las ſerenas
luces de tu cielo hermoſo,
que quando no ſea tu eſpoſo,
otro no te ha de faltar,
que te merezca gozar,
mas galante, y mas dichoſo.
Sale la Reyna.
Reyna. O Lauro! ò Laura! què tienes?
por què lloras? *Flora.* Porque el Cielo
quie-

quiere darme estos dolores,
y disgustos. *Reyna.* Ya lo entiendo,
no tienes que tener pena:
oyeme, Lauro.

Hablan la Reyna, y Leonido aparte.

Mart. Oye un cuento,
que viene de esta tristeza
de mi señor muy à pelo.

Clav. Como tuyo vendrà à ser.

Mart. Llevò à cierto Monasterio
à vender un Labrador
unos pollos, y unos huevos,
y en haviendole ya dado
la paga, y el justo precio,
de gratis le quiso dar
de comer el Cocinero.
Metiòle en el Refectorio,
y en haviendole ya puesto
de comer, saliò, y cerrò,
dexandosele allà dentro.
Pues como viesse pintada
enfrente sus ojos mesmos
una muerte en la pared,
con el bocado primero
se levantò de la mesa
dando voces; acudieron
al punto todos los Frayles,
pasmados de oìr el estruendo,
y preguntando la causa,
les respondiò macilento:
Padres, saquenme de aqui,
porque juro à ños, que pienso,
que todas sus Reverencias
tragan muertos como heno,
pues con ella aqui delante
aciertan à estàr comiendo.

Clav. Lindo bobo. *Leon.* Tus pies beso
por beneficios tan grandes.

Reyna. Mira que guardes secreto,
que he empeñado mi palabra.

Leon. Veràs, señora, primero
desencajarse los exes,
que sustentan essos Cielos,
que lo que me has dicho salga
del archivo de mi pecho.

Reyna. Dexa ya, Laura, el dolor,
y conviertele en contento.

Leon. Y de haver sido yo causa
humildemente te ruego
me dès perdon, pues Dios sabe,
que no fue falta de afecto,
sino fuerza de un engaño.

Flora. Levanta, Lauro, del suelo,
que con esto me dàs vida,
para hacerte penar presto. *ap.*

Mart. El Embaxador. *Leon.* Què dices?

Mart. Què està el Embaxador dentro.

Flora. Brava presencia. *Reyna.* Llegad
sillas, que escucharle quiero.

Salen Felisardo, Rosardo, el Duque, y Arnesto.

Felis. Deme vuestra Magestad
su mano (temblando llego.) *ap.*

Reyna. Alzad, noble Embaxador,
y cubrios al momento,
y sentaos. *Felis.* De tal mano
tales mercedes espero.

Sientanse la Reyna, y el Rey.

Reyna. Quando no fuera por vos,
me era obligacion hacerlo
por el que representais.

Felis. Solo à mì me represento. *ap.*

Reyna. Hanme dicho que andais triste,
y mal sufrido, diciendo,
que es mucha dilacion esta,
que muchos melindres tengo,
y en fin, poca voluntad
del tratado casamiento;
y yo, como poco amiga
de que tenga desconsuelo
ninguno por mi ocasion,
os quiero despachar presto;
con lo que aora os dirè;
escuchad, y estadme atento.

Felis. Señora, digo, que todo
es verdad, yo lo confiesso,
porque haverme detenido
en la Corte mes y medio,
quando os traigo por esposo
à quien merece bien serlo
de la Emperatriz, y no
pienso que me alargo en esto;
parece que es despreciar
à mi Rey, siendo tan bueno,
y mejor que quantos pueden
pediros, y pretenderos;

que

que basta ser Felisardo
Rey de Ungrìa. *Reyna.* Deteneòs,
y no os alboroteis tanto,
porque quien tiene mal pleito,
dicen que lo mete à voces.
Felis. Mirad mejor.:- *Reyna.* Muy sobervio
sois de condicion. *Ros.* Aqui *ap.*
pienso que hemos de perdernos.
Reyna. Mas paciencia ha menester
quien pretende; y assi quiero,
por no daros mas enfado,
que os partais oy, porque haviendo
mirado este caso bien
con todos mis Consejeros,
hallan que no me conviene,
porque es el Rey::- *Fel.* Ya lo entiendo,
por haverlo antes oìdo;
y para probar que es yerro
lo que traidores me imputan,
yo soy Felisardo mesmo
Rey de Ungrìa. *Levantanse todos.*
Mart. Cata el diablo. *ap.*
Reyna. Su Magestad encubierto
tantos dias? *Felis.* Vuestro amor,
Clenarda hermosa, lo ha hecho:
mirad si es verdad aora
lo que con tantos rodèos,
por tantas cifras, y modos
de mì os han dicho, y propuesto.
Que si soy bravo, tambien
à veces soy tan modesto,
que os espantareis de verme;
pero porque ya no es tiempo
de dilaciones, si acaso
gustais ser mi esposa, al Cielo
pongo solo por testigo
de amaros tanto, y quereros,
que estè mi voluntad siempre
humillada al gusto vuestro:
y si no quereis assi,
apercibios al momento
à sufrir de mi rigor
los impulsos mas severos,
guerras, muertes, y desdichas,
injurias, y menosprecios,
porque con doce mil hombres,
que me aguardan ya en el Puerto,
no he de dexaros Ciudad,
que no la abrase, ni Pueblo,
que no quede destruìdo
hasta los propios cimientos,
y entonces vereis mejor,
si soy riguroso, y fiero.
Reyna. Felisardo, aora estoy
mas firme, y fija en mi intento,
porque quien viene à traicion,
nombre, y persona encubriendo,
à casarse, es cierto, que,
ò trae malos pensamientos,
ò dà muestras de tener
muchas faltas, y defectos.
No quiero casarme, no,
que à los que aqui me haceis retos,
sabràn responder las armas
de los vassallos que tengo;
y si acaso no bastaren,
yo saldrè tambien con ellos,
que aunque muger, tengo brio,
y aunque Reyna, no reservo
mi persona en tales casos.
Felis. Pues yo me parto con esto,
y à los filos de mi espada,
à los golpes de mi acero,
id apercibiendo vidas.
Ros. No fue vano mi recelo. *ap.*
Reyna. Salìos de mi Reyno al punto.
Felis. Ya me salgo; pero presto,
aunque os pese, bolverè.
Vanse el Rey, y Rosardo.
Reyna. Yo os lo impedirè primero.
Duq. Muriendo estoy por salir.
Leon. Por salir tràs èl rebiento.
Reyna. Sossegaos, no os altereis;
nadie salga de este puesto.
Duq. Señora::- *Reyna.* Haced lo que os digo.
Leon. Pues es razon::- *Reyna.* Estad quedo.
Mart. No hayas miedo, que yo salga,
mi Clavela. *Clav.* Yo lo creo.
Arnest. Cosa que elijan à Lauro
para esta guerra. *A Flora.*
Flora. Esso, Arnesto,
serà grande dicha mia.
Arn. Pues por què? *Flora.* Por un enredo,
que le tengo ya trazado.
Mart. Yo salgo por cumplimiento:
irè yo, señora? *Reyna.* No.

Mart. Pues ni yo tampoco quiero, *ap.*
porque de sola una espada,
que vea desnuda tiemblo.
Reyna. Lauro, en aquesta ocasion
de tu prudencia, y esfuerzo
solamente he de fiarme;
y asi quiero, que al momento
salgas por mi General,
à hacer que no tome puerto
en mi tierra Felisardo.
Leon. Dos mil veces tus pies beso.
Duq. Ya es este, señora, agravio
conocido. *Reyna.* Duque Uberto,
si os dexo aqui, solo es,
porque mireis por mi Reyno
como siempre. *Duq.* Estimo en mucho
tanto favor. *Flora.* Mis deseos *ap.*
se han cumplido; mas me importa
hacer como que lo siento.
Reyna. Arnesto irà à acompañar
à Lauro. *Leon.* Yo lo agradezco.
Arnest. Beso, señora, tus pies.
Flora. Yo sin Lauro buena quedo.
Reyna. Laura, por tì me ha pesado,
mas nos importa mas esto.
Vanse la Reyna, el Duque, y Arnesto.
Leon. Laura mia, queda à Dios.
Flora. El, Lauro, te traiga bueno.
Leon. Para ser tu humilde esclavo.
Flora. No sino mi dulce dueño.
Leon. Soy indigno de tal gloria.
Flora. Para tì es pequeño premio.
Leon. Ay Laura, y còmo me parto!
Flora. Ay Lauro, còmo me quedo!
Leon. Privado de tus favores::-
Flora. Ausente de tus requiebros::-
Leon. Sin tus ojos que me alumbran::-
Flora. Sin los tuyos con que veo::-
Leon. Yo voy cercado de angustias.
Flora. Yo quedo con mil tormentos.
Leon. Yo parto, Laura, penando.
Flora. Yo quedo, Lauro, muriendo.
Vanse cada uno por su puerta.
Clav. No puede haver en muger *ap.*
tal ànimo, y fingimiento.
Mart. Clavela, con mas verdad,
que mi señor, decir puedo,
que voy de bellaca gana.
Clav. Serà por causa de miedo,
y no por amor, Martin.
Mart. Clavela, yo lo confiesso,
mas es fuerza el ir; y asi,
de tì despedirme quiero:
à Dios, clave de mi alma.
Clav. A Dios, imàn de mi pecho.
Mart. A Dios, clavellina hermosa.
Clav. A Dios, regalado dueño.
Mart. A Dios, que voy à morir.
Clav. A Dios, que à morir me quedo.
Mart. A Dios, que me voy finando.
Clav. A Dios, que quedo muriendo.

JORNADA TERCERA.

Salen Flora, y Clavela.
Flora. En fin, nueva ha venido,
que à Felisardo destruyò Leonido,
haciendo de manera,
que aunque traerle preso bien pudiera,
confirmò con èl las paces,
forzado de sus ruegos pertinaces?
Clav. Esso se ha divulgado.
Flor. Pues escucha, y veràs lo q̃ he pensado.
Tres cartas he fingido
con que le pruebo, que traidor ha sido
à la Reyna, y que intenta
matarla antes de mucho por su cuenta,
y entregarle al de Ungrìa
todo el Reyno con suma tiranìa,
el qual en recompensa, (sa.
le dà à su hermana de hermosura inmen-
Y asi, la paz tratada
viene para mi intento acomodada;
porque es fuerza, que crea
la Reyna el caso al punto que las lea,
y por el bien llegado
se le ha de proponer este cuidado,
para perder bastante
toda esperanza el hombre mas gigante.
Aora solo vengo
à esperar à la Reyna, porque tengo
de fingir para esto,
que à mì me las remite solo Arnesto:
si giréme turbada,
y en darselas un poco porfiada.
An-

Anda, vete, que quiero,
que me halle sola.
Clav. En tu aposento espero,
que ya viene. *Vase.*
Flora. En buen hora;
porque como que leo, quiero aora
ponerme triste, estando
à cada pausa al Cielo levantando
los ojos, y fingiendo
con ademanes, lo que estoy sintiendo.
Finge Flora que lee, teniendo abierta la una, y otras dos cerradas, y la Reyna estarà al paño.
Reyna. Mucho le debo à Lauro,
porque solo por èl mi honor restauro;
y asi serà bien darle
à Laura el parabien, de q̃ he de honrarle:
mas leyendo una carta
està aqui sola, dicha ha sido harta;
un rato escuchar quiero,
sabrè lo que escribe aqui primero.
Flora. Ha traidor! *Reyna.* Què es aquesto?
algun Angel me trajo à aqueste puesto,
para mirar atenta,
de que teniendo carta se lamenta,
porque si està zelosa,
y de Leonido acaso sospechosa,
pueda desengañarla,
y en su tristeza, y pena consolarla.
Flora. Pluguiera al alto Cielo,
nunca huvieras venido à aqueste suelo;
pero ya que has llegado,
aunq̃ por la de Ungrìa me has dexado,
he de librarte, triste,
por la que algun tiempo me tu viste
voluntad, de la muerte,
q̃ te ha de dar la Reyna, si esto advierte.
Reyna. Un temor perezoso,
tan frio se desata en lo espacioso
de las que tengo venas,
que apenas llegar puedo, ni aun apenas
la planta alzar del suelo,
porq̃ ha sido à mis pies grillos de yelo,
que impiden apretados
el llegar à saber de mis cuidados:
pero en lo que me importa,
es desatino grande el andar corta:
vaya afuera el temor, lleguen mis passos
à saber de Leonido los fracasos,
que pues la muerte debe,
sin duda ha sido à mi Corona aleve,
porque causa mudanza
en los mas hombres siempre la privanza.
Sale la Reyna, y Flora se finge turbada, y procura encubrir las cartas.
O Laura? *Flora.* Ha desdichada! *ap.*
Señora mia? *Reyna.* Còmo estàs turbada?
Flora. Señora, como vienes::-
Reyn. No te turbes: quà es esto q̃ aqui tienes?
Flora. No es nada: (ha desdichado!) *ap.*
Reyn. Daràsme si lo encubres grãde enfado:
enseñame essas cartas.
Flor. Solo hay, señora, en ellas penas hartas.
Reyna. Saberlas, Laura, quiero.
Flor. Es q̃ me olvida Lauro, por quien mue-
Reyna. Ya es grande desobediencia: (ro.
muestralas aqui, y calla.
Flora. Toma, y tèn paciencia. *Daselas.*
Reyna. Estoy muy sospechosa,
que hay contra mì sin duda alguna cosa,
pues tanto te has guardado.
Flor. Lindamẽte mi intẽto se ha trazado. *ap.*
Lee la Reyna la una carta.
Reyna. Por esta sabràs, señora, como las paces que ha tratado Lauro son fingidas, porque el Rey de Ungrìa le ha ofrecido à su hermana en casamiento; porque matando à nuestra Reyna le entregarà à Sicilia, y èl lo ha otorgado, como veràs claramente por estas dos cartas, que pude tomar, una del Rey, y otra de Lauro, por las quales yo lo he colegido: avisote, porque veas lo que se ha de hacer. *Arnesto.*
Esto me encubrias, Laura?
Bien se echa de vèr, que estimas
en mas la vida de Lauro,
que de mì, que soy tu prima.
Flora. Tiene gran fuerza el amor.
Reyna. Leer quiero estas aprisa,
antes que el dolor me ahogue,
y me deslumbre la ira.
Lee. Valiente General Lauro, otras dos os tengo escritas, agradeciendoos el servicio que me haveis hecho en levantar vuestro campo, y prometiendo

en ellas, que os darè à mi hermana por legitima muger, si me entregareis à Sicilia, aunque sea matando à la Reyna, que es lo que mas deseo: mirad, que os està muy bien, y respondedme al punto. *El Rey de Ungrìa.*

Salga la respuesta infame
de letras tan vengativas.

Flora. Segun se ha enojado, pienso, *ap.*
que le ha de quitar la vida.

Lee la Reyna. Serà tanta la gloria, que de V. Mag. recibirè, dandome por esposa à la bella Infanta Isabela, de cuyo amor estoy preso, que solo digo, que pondrè al momento por obra lo que por las suyas me ha mandado, matando à la Reyna, y entregandole à V. Magestad toda Sicilia. Solo encargo el secreto, para salir con la empressa. *Lauro.*

Flora. Señora, no hay sino paciencia,
muestrate un poco benigna
en castigar tal maldad,
tal traicion, porque bien miras,
que me toca à mì gran parte
de pena, y porque no digan,
que pudo en amor perfecto
hallar assiento la embidia,
aunque mejor dirè zelos,
cedo mi derecho. *Reyna.* Instigas,
Laura, con essas razones
mas mi colera, y mi ira,
tanto, que de la traicion
parece que participas.
Tù dices, que dexe vivo
à quien quitarme la vida
pretende? viven los Cielos,
que ha de conocer Sicilia,
que como tiranos Reyes,
tiene Reynas vengativas.
Yo averiguarè primero,
y oirè de su boca misma,
que son suyas estas letras,
y de su mano esta firma;
que no son tan sin razon,
que por un indicio havia
de dar muerte à un General,
y mas à quien tanto estimas.

Sale el Duque.

Duq. Si llego à tiempo, señora;
de ganar estas albricias,
humildemente las pido,
pues Lauro està ya en Mecina.

Reyna. Duque Uberto, yo os las mando;
aunque por diversa via
de lo que vos las pedìs:
haced que no le reciban,
ni le acompañen. *Duq.* Què es esto? *ap.*
tal mudanza en solo un dia!

Flora. Ay de mì! *Reyna.* Laura, paciencia:
oyeme, Duque. *Duq.* Rendida
està mi atencion, señora,
à tus plantas.

Habla aparte la Reyna con el Duque.

Flora. Aprisa *ap.*
se vàn concertando bien
de mi venganza las dichas;
porque tan perfectamente
està contrahecha la firma,
que èl propio, quando la vea,
no ha de osar contradecirla.

Duq. De todo advertido quedo.

Reyna. Mirad, que estè apercibida
la guarda. *Tocan una caxa.*

Duq. El ha llegado.

Reyna. A vèr su propia desdicha.

Tocan caxas, y salen Arnesto, Martin, y Leonido detràs con baston de General.

Leon. De este modo me reciben? *ap.*
con tal semblante me miran,
quando del Rey Felisardo
dexo las fuerzas rendidas?
paciencia, Cielos. *Mart.* Por Christo,
que tenemos lagrimitas.

Arnest. Sin duda ha trazado Flora *ap.*
lo que me escribiò estos dias.

Leon. Alta, y soberana Reyna,
à quien el Cielo nos guarde
contenta, prospera, y rica
por muchos siglos, y edades.
Con quarenta y dos baxeles
partì de aqui, como sabes,
solo à defender tu Reyno,
y hacer lo que me mandaste.
Salì, pues, al punto, y quando
la mañana entre azahares

libraba las que vertiò
lagrimas la Aurora antes.
Tan contento, tan airoso,
tan bizarro, y tan galante,
que no huvo Dama en Mecina,
que de verme no se holgasse.
Y como fui de mañana,
para venir se ha hecho tarde,
segun me recibes oy
con tan airado semblante,
con tan poca ostentacion;
pero dexando esto aparte,
digo, que surquè los campos
de plata, tan arrogante,
que todos los espolones
de quantas llevaba naves,
iban arrollando aljofar
entre liquidos cristales.
Naveguè casi tres dias,
yendole siempre al alcance
à Felisardo, que apenas
tuvo indicios, y señales
de tu Armada, quando al punto
huyò aprisa à incorporarse
con las que el Inglès Galeras
traìa para ayudarle:
mas me dì tal diligencia,
que antes que à cumplir llegasse
sus fraudalosos intentos,
le alcancè, y viendo que facil
me havia de ser la victoria,
dexò que me assegurasse
aquella noche, y huyendo
(accion propia de cobardes)
se fue la buelta de Ungrìa;
yo lleno de mil pesares,
caminè en su seguimiento,
y antes de desembarcarse,
con tal fuerza le embestì,
que mas de la tercia parte
de la Armada le echè à fondo,
dexando tintas en sangre
las aguas, que parecieron
nieve, y aljofares antes
de mas de quatro mil hombres,
que sorbiò el salado estanque.
Perdido, pues, Felisardo,
saliò aprisa à reformarse,
pidiendo à Francia favor,
à Inglaterra, y à Flandes.
Yo, que detenido alli
mas de un mes, sin que estorvassen
las procelas mis intentos,
ni à mi corazon la hambre,
estaba buscando arbitrios
para no venir à darte
triunfo del pleyto indeciso,
gloria de bienes neutrales:
como viesse junto à mì
los encendidos fanales
del Inglès, que se acercaba
ambicioso, y arrogante,
hice lo que te dirè:
y quando no me premiasses
otra accion, señora mia,
fuera de haver hecho paces,
que por muchos años logres::-

Reyna. No passeis mas adelante.

Leon. Señora::- *Reyna.* Bueno està, digo.

Leon. Dexad, dexad, que relate
los que os tengo hechos servicios,
bien à costa de mi sangre;
porque si acaso la embidia,
que se alimenta del aspid,
contra mì ha propuesto algunas,
como suele, falsedades,
podais de ellos colegir
la verdad, porque deshacen
à veces buenos servicios,
quantas puede obscuridades
objetar una traidora
lengua; no, no con semblante
tan severo recibais::-

Reyna. Ya he dicho, que no me canses.

Leon. Obedezco.

Mart. Aqui anda el diablo, *ap.*
que como es tan buen danzante,
ordena siempre estas danzas.

Reyna. Salìos todos fuera. *Flora.* Basten
mis ruegos, prima, y señora.

Reyna. Vete, Laura, y no me hables.

Vanse el Duque, Arnesto, Flora, y Clavela.

Leon. Rebentando estoy de pena *ap.*
de vèr tales novedades.

Mart. Me he de ir yo tambien?

Reyna. Por què

lo

lo preguntas? *Mart.* Porque en parte
soy el cuerpo de mi amo,
y no sè si sabrà hallarse
en esta ocasion sin mì.
Reyna. Andad, que si estais culpante,
pagareis vos como cuerpo
lo que èl como alma pagàre.
Mart. Algun diablo me hizo hablar. *Vase.*
Cierra la puerta la Reyna.
Leon. La puerta cierra, pues darle *ap.*
no pienso, por Dios, la espada,
hasta que aqui me declàre
la causa de estos rigores.
Reyna. Ya estamos solos. *Leon.* Que acabes
estoy, señora, esperando
de quitarme penas tales.
Enseñale la ultima carta, y al mirarla se turba Leonido.
Reyna. Mirad, Leonido, essa carta,
que ya es razon, que asi os hable,
descubriendo à quien pretende
venderme, herirme, y matarme.
Presto os turbais, accion propia,
por la qual se vè bien facil
la culpa, que haveis tenido,
el delito, que en vos cabe.
Què os admirais? responded,
que no es tiempo de admirarse,
quando en las manos teneis
la carta, que vos firmasteis.
Leon. Si yo he firmado, y escrito
letras tan viles, è infames,
Dios lo sabe solamente,
y mi lealtad, que es tan grande;
que està corrida de vèr,
que haya havido quien la ultrage
con oprobio tan notorio,
y con ficcion semejante.
Digo, que es mia esta firma;
mas con distincion notable,
que no ha sido hecha por mì,
cuya prueba serà facil,
si adviertes, señora, y miras,
que hay manos ya de tal arte,
que quantas pretenden firmas,
tan al vivo contrahacen,
que por mucho que escudriñe,
y por mucho que repare
el propio à quien representasi,
vendrà confundido à hallarse;
y asi aora me hallo yo:
y si no te satisfaces,
ponme preso en una torre,
encierrame en una carcel,
hasta que mejor te informes,
que à trueque de que me mates
(tal estoy) darè por bien,
que en mi defensa no halles
tan solamente un indicio.
Reyna. No es ya tiempo de informarme,
si no sea, ò no verdad
lo que dices, esta tarde
te mando, que de la Corte
salgas. *Leon.* Yo saldrè al instante.
Reyna. De termino doy dos horas.
Leon. Plazo riguroso. *Reyna.* Y antes
de seis dias os salid
de mi Reyno. *Leon.* Que me place.
Reyna. Y pues os dexo la vida,
no llevais la peor parte. *Vase.*
Leon. Quièn apetece privanzas?
quièn se muere por mandar?
pues quando se piensa hallar
con mas firmes esperanzas,
sin ninguna viene à estàr.
Claro està el exemplo en mì,
pues quando triunfando vengo,
por lo que no cometì,
por la culpa que no tengo,
me trata la Reyna asi:
porque es de tal calidad
ya una falsa informacion,
que destruye una opinion,
que deslustra la verdad,
y aniquila la razon.
Sale Flora.
Flora. Ay Lauro, Lauro! y quàn mal
has pagado mis amores!
Leon. Hermosa Laura, no llores
de verme en miseria tal,
por infames, y traidores,
la Reyna los ha creìdo;
y asi, ya voy desterrado,
y tan desgraciado he sido,
que à sus pies arrodillado
convencerla no he podido.
Flora.

Flora. Si has firmado tù que quieres
darle muerte, por caſarte
con Iſabela. *Leon.* No alteres
mas mi corazon, que en parte
ſois peſadas las mugeres.

La Reyna al paño.

Aora me pides zelos,
quando ſabes que me voy?
Aora me dàs deſvelos,
quando muriendo me eſtoy,
cercado de deſconſuelos?
Quedate, Laura, en buen hora,
merezca otro mas galante
los hermoſos de tu Aurora
lirios gozar, que conſtante
te ſirva como à ſeñora;
porque yo me parto, donde
paguen ſervicios mejor;
que yendo con el valor,
que à mi lealtad correſponde,
no me tendràn por traidor;
y podrà ſer que algun dia
la Reyna, que de eſta ſuerte
me deſtierra, del de Ungrìa
ſienta, y padezca la muerte,
que antes de tiempo temìa.

Vè Flora à la Reyna, y quiere hacer ſeñas à Leonido, y no puede.

Flora. Mira, que con eſto dàs
mueſtras de que eſtàs culpado.
Leon. Aun quieres apretar mas?
Reyna. Salir tengo de cuidado.
Flora. Mira, Lauro::- *Leon.* Fuerte eſtàs,
digo que las eſcribì,
eſtàs contenta? *Reyna.* Què aguardo?
Leon. Que eſtoy tan fuera de mì,
que de partir por tì tardo,
y quiero morir por tì.
Flora. Mira, Lauro::- *Sale la Reyna.*
Reyna. Què es aqueſto?
Leon. Perdido ſoy. *ap.*
Flora. Conſolar
à quien de enojo, y peſar
eſtà loco. *Reyna.* Vèn, que preſto
le tengo de hacer curar.
Flora. Còmo, ſi le has deſterrado?
Reyna. Porque ya, Laura, no quiero,
que ſe vaya. *Leon.* Es eſcuſado,
yo me tengo de ir. *Reyna.* Primero
quiero, que vais conſolado.
Flora. Oyeme, ſeñora, advierte::-
todo ſe me traza bien. *ap.*
Reyna. No hay que advertir.
Flora. De eſta ſuerte
me tratas?

Vanſe la Reyna, y Flora.

Leon. No sè yo à quien
ſe hace peſada la muerte,
que ſi deſeſperacion
el darmela yo no fuera,
no sè ſi en eſta ocaſion
dos mil veces me la diera,
por ſalir de confuſion.
Sin duda alguna, que yo
lo que le dixe enojado
à Laura, y ha confirmado,
que he eſcrito la carta yo,
y que matarla he intentado;
ſi es eſto, me ha de prender,
y ſegun eſtà enojada,
darme muerte ha de querer,
porque no repara en nada
una reſuelta muger:
y aſsi, el remedio mejor
es huir; pero tomadas
eſtàn las puertas: ya, amor,
ſoy muerto; ya derribadas
mis fuerzas tiene el dolor;
la ſangre el brio ha perdido,
el corazon ſe me ha elado,
mas pues la culpa he tenido,
y la muerte has deſeado,
de quièn te quejas, Leonido?

Salen el Duque, Arneſto, y Guardas.

Duq. Lauro, ſabe el ſanto Cielo
lo que ſiento eſta deſgracia:
la Reyna manda, que os lleve
preſo à la Torre dorada:
dame las armas. *Leon.* Ya, Duque,
conozco vueſtras entrañas,
ya vueſtro fingido pecho
tengo entendido; y mi eſpada
tan temida del Inglès,
tan reſpetada de Francia,
tan acatada de Ungrìa,
ſe tendrà por agraviada

de

de venir à manos vuestras;
y sino llegad, tomadla, *Sacala.*
que pues haveis sido quien
ha contrahecho estas cartas,
como quando me fingistes
aquella muerte pintada,
solo à fin de darme muerte
para casaros con Laura;
primero os harè con ella
dos mil puertas, por dò salgan
lenguas de sangre, que escriban,
y publiquen vuestra infamia.

Sale la Reyna.

Reyna. Què voces son estas? *Leon.* Es
mi razon, que està encontrada
con el agravio, y queria
tomar de èl aqui venganza.
Duq. Esta resistencia ha hecho,
y me ha negado las armas.
Leon. Señora, armas que han sido
de tres Reyes respetadas,
no se han de dar à un vassallo.
Reyna. Dadmelas à mì. *Leon.* Tomadlas.

Dale la espada à la Reyna.

Reyna. Id aora preso. *Leon.* Ay triste!
Señora::- *Reyna.* No hableis palabra.
Leon. Mira que estoy::- *Reyn.* Esto importa:
Llevadle, Duque. *Leon.* No bastan
tantos servicios? *Reyna.* Es mucha
tu culpa. *Leon.* Mira que es falsa
la informacion. *Reyna.* No me canses,
que por vida de Clenarda,
que si no hallo otra cosa,
me lo has de pagar mañana. *Vase.*
Duq. Sin duda me echò à perder *ap.*
confessar aquella carta,
pues me han de culpar en èsta.
Leon. Vamos, pues, que aunque dilatan
hasta mañana mi muerte,
llegar no puedo à mañana. *Vanse.*

Salen Flora, y Clavela.

Clav. Señora, ya le han llevado
preso, dime lo que intentas.
Flora. Poner fin à mis afrentas,
poner fin à mi cuidado.
Clav. Què quieres verle matar?
Flora. Y le he de dar yo la muerte;
porque si no es de esta suerte
no me puedo bien vengar.
Yo propia tengo de ser
su verdugo, pues no fuera
honrosa de otra manera
la venganza que he de hacer.
Clav. Y què me quieres decir?
Flora. El modo, que has de tener,
Clavela, en saber hacer
lo que te quiero advertir.
Clav. Ya sabes, señora mia,
mi cuidado. *Flora.* Confiada
en esso, Clavela amada,
mi pecho de tì se fia:
y assi yo esta noche quiero
poner à las de Leonido
penas fin, quando dormido
me diga, que està el portero.
Tù en el entretanto iràs,
como que sale de tì,
turbada à la Reyna, y dì
lo que bien fingir sabràs.
Le diràs, que yo enojada,
y zelosa, he ido à matar
à Lauro, para quedar
primero que ella vengada,
y que tù de compassion
la vàs à llamar, y al punto
vente, y de mi cama junto
debajo del pavellon
un emboltorio hallaràs
(mortaja es, no te espante)
con el qual en un instante
à la propia Torre iràs;
porque haviendo yo acabado,
puedas entrarte à vestir,
lo que alli và, sin abrir
hasta entonces el candado,
que en la puerta detendrè
à la Reyna hasta que acabes.
Clav. Y luego? *Flora.* Ya no lo sabes?
quien soy le descubrirè,
y la razon que he tenido
de vengarme. *Clav.* Bien està.
Flora. Vamos bolando aora allà,
que importa fingir.
Clav. Ha havido *ap.*
pecho mas duro? Llamar
tengo à la Reyna primero,

que

que execute el golpe fiero,
por si le puedo librar.

Vanse, y salen Leonido, y Martin con prisiones.

Leon. Acaba, Martin, què dices?
no llores, que me lastimas
mucho mas con tu tardanza.

Mart. Señor, què quieres que diga,
si estàn ya haciendo en la plaza
para quitarte la vida
un cadahalso, y la Reyna,
sin dar à ninguno oìda,
te ha dado ya la sentencia
tan cruel, como ella misma,
sin que ruegos de mil Grandes,
ni lagrimas de su prima
la hayan podido vencer?
Antes mas enfurecida
ha puesto doscientos hombres
mas de guarda, con malicia,
porque no te saque Laura
esta noche: estas desdichas
traigo, señor, que contarte.

Leon. Salid ya, lagrimas mias,
cegad, cegad estos ojos,
que no es bien que tengan vista
para mirar tal portento,
para vèr tal injusticia.
Salid, no tengais temor,
regad estas losas frias,
que aunque son de duro marmol,
las ablandareis por dicha.
Yo sin culpa condenado?
Yo degollado en Mecina?
Yo puesto en un cadahalso?
Yo escuchar que voces digan:
Quien tal hace, que tal pague,
quando sè yo, que es mentira?
Yo he de sufrir, que un verdugo
de los ombros me divida
la cabeza, y que la enseñe
al Pueblo con ignominia,
diciendo, de esta manera
el que es traidor se castiga?
Yo he de vèr esto, Martin?

Dent. Flora. Es muy gran descortesìa
impedirme à mì la entrada.

Mart. Laura viene.

Salen Flora, y Clavela.

Leon. Laura mia,
de esta suerte me defiendes?
de esta manera me libras,
quando sabes mi inocencia?

Clav. Y aun por tenerla sabida *ap.*
es el mal. *Flora.* Lauro, ya hago
lo que puedo, aunque mi prima
le ha certificado tanto
en que de tu boca misma
oyò la condenacion,
que me dixiste con ira,
que à nadie quiere escuchar.

Leon. Pues, Laura, hacer no podias,
que me oiga una palabra?

Flora. No vendrà. *Clav.* Esto temìa:
la Reyna, señora. *Flora.* Venga,
que no importa. *Mart.* Ay tal mancilla!

Salen la Reyna, el Duque, y Arnesto.

Reyna. Laura, à què has venido aqui?

Flora. A que me dès muerte. *Reyna.* Mira,
que haces muy poco caudal
de mis mandatos; estima
en algo mas mis preceptos.

Leon. Yo he sido, señora mia,
la causa; y pues que ya estàs
tan cruel, y vengativa,
escuchame un rato atenta.

Reyna. Lauro, ya es tarde. *Leon.* En mi vida
pedirè mas. *Reyna.* No hay remedio:
vèn, Laura.

Vase poco à poco la Reyna, y Leonido se le và poniendo delante de rodillas.

Leon. Tan vengativa
me tratas? *Reyna.* Tuya es la culpa.

Leon. Oyeme, porque Sicilia
sepa à quien le dàs la muerte.

Reyna. A un traidor.

Leon. Pues de rodillas
no puedo alcanzar, mi boca
harè que à tus plantas sirva
de rèmora, y con el agua,
que mis dos ojos destilan,
formarè aqui un mar, que el passo,
aunque no quieras, te impida.

Reyna. Me ha lastimado, Clavela.

A Clavela aparte.

Duq. Hay tal pena !
Arnest. Hay tal desdicha !
Reyna. No puedo resistir mas. *ap.*
Levanta, que me lastìmas,
y lo que quisieres dì.
Arnest. No sè à dò Flora camina. *ap.*
Leon. Heroica Reyna, yo solo *Levant.*
en esta ocasion pretendo,
aunque no es de nobles, no,
el referir propios hechos,
contarte, pues que me matas
por tan falsos instrumentos,
los servicios que me debes
en el que ha que vine tiempo,
bastantes à que me dieras
perdon, quando fuera cierto,
que yo insidiaba tu vida,
que yo vendia tu Reyno.
Y para no ser mas largo,
sea, señora, el primero
quando me embiaste à Francia
à tratar tu casamiento:
en donde como estuviesse
un dia en Palacio oyendo
à mas de veinte Franceses
decir mal de tì, fui à ellos,
y haviendolos desmentido,
yo solo, y mi fiel acero,
tan buena maña nos dimos,
que dexamos los seis muertos,
y los demàs tan heridos,
que no pudo, aun el que menos,
para acertar à llevar
la nueva tener aliento.
Esto bien les consta à todos,
y que el Rey por vèr mi esfuerzo
me diò perdon; aunque yo
me puse en salvo primero:
sì bien con heridas tantas,
que traje, señora, el cuerpo
hecho criva, por venir
con mil orificios hechos.
No me premiaste esta hazaña,
mas à la segunda ir quiero,
que es la que referir quise
quando vine, y es, que haviendo
visto, que de Inglaterra
llegaba al Ungaro Puerto
con mas de doce mil hombres,
municion, y bastimentos,
usè de una estratagema,
que si no fuera por esto,
segun de miedo, y de hambre
estaban todos los nuestros,
yo sè lo que fuera aora;
mas caminando al sucesso,
mandè una noche à un Alferez
que con cien arcabuceros,
y con todos los tambores
marchasse aprisa àzia el Pueblo
dò esperaba Felisardo
el socorro, porque ellos
desembarcassen seguros
à ir en su seguimiento.
Asi sucediò, y yo entonces,
dexando encargado à Arnesto
el cuidado de tu gente,
quise escudriñar yo mesmo
la guarnicion que dexaba
el Anglicano sobervio
en sus naves, que en peligros
tan conocidos, y ciertos
el buen Capitan no fia
de un Soldado tan gran peso.
Para lo qual, con la espada
en la boca, dì mi cuerpo
al mar, sin que sus baxìos,
ni sirtes me diessen miedo.
Y aunque los globos del agua
me pusieron en aprieto
de la vida, por haverse
encrespado con el viento,
lleguè allà, aunque maltratado,
de llagas todo cubierto;
y viendo, que apenas hay
hombres en los Navìos, llego
à la Capitana, à donde
unos estaban durmiendo,
otros de posta; y en fin,
todos sin ningun recelo.
Entro, y del primer revès
à dos que topè al encuentro,
de tal manera derribo,
que sobre llegar primero
à mis pies, se adelantò
cada qual en tanto extremo,

que

que deſpidiendo las vidas,
cayeron los dos à un tiempo.
Los demàs alborotados
acuden luego al eſtruendo,
y yo ; qual rayo eſcupido
de las troneras del Cielo,
rompo , divido , y aparto
almas à un lado , à otro cuerpos,
embiando al otro mundo
aquellas , y à mis pies èſtos.
Fueron tantos los heridos,
y tantos fueron los muertos,
que movido à compaſsion
ſe hizo pedazos mi acero.
No deſmayè , ſino echando
mano de un difunto cuerpo,
hice con èl tal eſtrago
dando golpes , que creyeron,
con razon , que los difuntos
ſe bolvian contra ellos:
por lo qual, los que quedaban,
precipitados , y ciegos
ſe arrojan al mar , y como
llegaſſe à eſte punto Arneſto
con gente , todas las Naves
barrenamos , y al momento,
ſin tocar parche ninguno,
con el que pude ſecreto,
herimos en las eſpaldas
del Inglès con tal esfuerzo,
que de doce mil , ninguno
eſcapò de muerto, ò preſo,
lo qual obligò al de Ungrìa
hacer paces , y conciertos.
Y para ſaber , ſeñora,
los que en eſtos dos encuentros
yo ſolo matè , aqui traigo
el teſtimonio en mi pecho.
Treinta heridas tengo en èl
de à quatro , porque ſe vieron
entrar tres veces , y mas
por unos propios agujeros
las eſpadas enemigas,
por ſer impoſsible , pienſo,
el hacer nuevo orificio,
dò havia ya tantos hechos:
y por cada herida de eſtas,
quitè tres vidas lo menos,
cuya prueba dexo en manos
de todos los que me vieron.
Pues còmo ha de ſer poſsible,
que quien ſe puſo à eſtos rieſgos,
quien no temiò eſtos peligros,
quien tal multitud ha muerto,
ſolo por guardar tu vida,
havia de ſer inſtrumento
para quitartela , quando
pudiera mejor ſin eſto ?
Abre , ſeñora , los ojos,
que pienſo los tienes ciegos
del mal polvo de la ira,
que ha echado la embidia en ellos:
ya no quiero que me oigas,
con eſto eſtoy ſatisfecho,
ſolo por acabar , digo,
que no es temor , que no es miedo
de la muerte el que me aflige
(lo qual de lo dicho pruebo)
ſino ſolo de la infamia,
que ſe compra aſsi muriendo.
Mas pues la ſentencia es dada,
y ya no queda remedio,
ſirvame eſta verde vanda

Saca del pecho la vanda , que le diò la Reyna al principio.

en los ultimos boſtezos,
en los triſtes eſpeluzos,
en los alientos poſtreros,
de venda negra à mis ojos,
porque conozcan que muero
con eſperanza de ſer
vengado del alto Cielo,
porque teniendo delante
en aquella hora un premio,
que me dieron , porque dì
la vida à ſu propio dueño,
ſiendo eſte dueño quien cauſa
aora mi muerte , es cierto,
que Dios , que caſtigar ſabe
la ingratitud , traerà tiempo
en que mi deſgracia llores,
en que ſientas lo que ſiento,
en que padezcas la muerte,
que tan ſin culpa pedezco,
porque agravios ſemejantes
los toma à ſu cargo el Cielo.

Reyna. Por doce dias dilato
la ſentencia: conſolarte
puedes, Lauro: à Dios. *Vaſe.*
Duq. Llorando
ſe và la Reyna. *Arneſt.* Eſto hace
la razon. *Duq.* Vamos con ella.
Vanſe el Duque, y Arneſto.
Flora. Lauro mio, por ſer tarde
no me detengo, y por vèr,
que ſe và mi prima. *Leon.* Antes
me haràs, Laura, gran placer,
en que aora le declares
mas mi inocencia. *Flora.* Yo voy,
y no eſtaràs en la carcel
mañana à las diez del dia.
Leon. Serà para ir à adorarte.
Vanſe Leonido, y Martin.
Clav. Señora, ya còmo puedes
cumplir tu intento? *Flora.* Mal ſabes
los penſamientos, Clavela,
de quien procura vengarſe,
porque es mejor ocaſion
eſta, pues ſerà mas facil
poder cogerle durmiendo.
Clav. Hante dado ya la llave?
Flora. Sì, aunque no havrà ya guardas;
y aſsi, por qualquiera parte
podremos entrar, no tienes
ſino eſtàr muy vigilante
à la hora que te dixe.
Clav. Yo harè lo que me mandaſte. *Vanſe.*
Salen el Duque, y Arneſto.
Arneſt. Decid ya, què me quereis?
Duq. Arneſto, que me han contado,
que eſta tarde ha falſeado
Laura una llave, y bien veis,
que và mi reputacion,
y por diferentes modos
nos importa mucho à todos,
que eſtè Lauro en la priſion.
Arneſt. No teneis que tener pena,
porque de Laura el intento
à diverſo penſamiento
del que imaginais ſe ordena;
y aſsi, podeis ir ſeguro
lo que toca en eſta parte.
Duq. Eſto, pues, es lo que hablarte
ha gran rato que procuro.
Arneſt. Haveis ya cenado? *Duq.* No.
Arneſt. Pues idos, Duque, à cenar,
y bolved à eſte lugar,
que aqui os eſperarè yo:
que os he de llevar confieſſo,
pues os preciais de mi amigo,
donde podais ſer teſtigo
de un peregrino ſuceſſo.
Duq. Mas què quiere irſe à caſar
eſta noche Laura? *Arneſt.* Huviera *ap.*
acertado ſi dixera,
que queria ir à matar.
De la verdad muy diſtante
eſtais; mas idos con eſto,
que aun del caſo, por Arneſto,
juro, que eſtoy ignorante.
Duq. En fin, que aguardais aqui?
Arneſt. O de la Torre en la puerta.
Duq. No quiſiera hallarla abierta.
Arneſt. Bolved preſto. *Duq.* Harèlo aſsi.
Vanſe, y ſale Flora con una eſpada deſnuda.
Flora. No ſuena ningun ruìdo,
todos eſtàn ya durmiendo;
y pues ſin luz he venido
haſta eſta quadra, yo entiendo,
que lo eſtà tambien Leonido.
Mas paſſemos adelante,
que tengo mucho que hacer:
Entraſe por un lado, y ſale por otro.
Ya he llegado: en eſte inſtante
depongo el que de muger
ànimo tengo galante,
y del varonil veſtida
llego à la alcoba, aunque dentro
hay luz, ſeñal conocida
de muerte, mas al encuentro
ſe ſaldrà preſto la vida.
Entraſe por en medio, y ſale Clavela con un emboltorio baxo el brazo.
Clav. Mi ſeñora ha entrado ya,
pues eſtà abierta la puerta.
Ay de mì! poco ha ſervido
la que he pueſto diligencia,
y no pequeño cuidado
en aviſar à la Reyna,
ſi no es que antes que dè el golpe
quieran los Cielos que venga.
Pero entrar quiero mas dentro,
lle-

llegarme quiero mas cerca,
que podrà ser que sin mì
à matarle no se atreva.

Entrase por el mismo lado que entrò Flora, y sale por el otro.

Ya ha llegado? Hay tal sucesso!

Dent. Leon. Corta, corta mi cabeza,
que tienes Flora razon.

Dent. Flora. La venganza honrosa es esta.

Clav. Ya le mata: quièn ha visto
mas lastimosa tragedia,
pecho de muger mas duro,
ni venganza mas sangrienta?
O quièn tuviera poder
para impedirle siquiera,
que cortasse el postrer hilo!

Dent. Flora. Clavela. *Clav.* Señora.

Flora. Entra
con lo que te dixe al punto.

Clav. No sè, por Dios, lo que intenta
en amortajarle haviendo
dadole muerte ella mesma.

Entrase por en medio, y salen la Reyna, el Duque, Arnesto, y dos Criados con hachas.

Reyna. Seguidme aprisa, seguidme,
y quedese aqui en la puerta
la guarda, y passar no dexe
à nadie sin mi licencia.

Arn. Guia, señora. *Reyna.* Entrad presto.

Duq. Confuso voy. *Arn.* Yo con pena *ap.*
si havrà executado Flora
de su rigor la sentencia.

Entranse todos, y al bolver à salir, sale Flora con la espada en la mano por la puerta de en medio.

Flora. Esto es ya acabado. *Reyna.* Laura,
còmo estàs de esta manera?
què has hecho, dì? à quièn has dado
la muerte? *Flora.* Señora, espera::-

Arn. Desdicha estraña! *Flora.* Que ya
es tiempo de darte cuenta
de como yo no soy Laura,
ni tu prima, como piensas.

Reyna. Pues dì, quièn eres?

Flora. Soy Flora,
aquella, aquella Condesa
de quien tuviste noticia
andando à caza una siesta.

Reyna. Jesus! Jesus! *Flora.* No te alteres.

Reyna. Pues què has hecho?

Flora. Lo que hiciera
una muger que es honrada.

Reyn. De què suerte? *Flor.* Escucha atenta.
Despues que dexò Leonido,
pues que ya sabes la historia,
mas por fuerza, que de grado,
su pretension vana, y loca;
porque un muerto à quien hallè
muerto despues, fue custodia
fiel de mi honor, aunque à èl
se le hizo espiritu, y sombra.
Haviendo estado en la cama,
traspuesta mas de dos horas,
me levantè de ella, quando
en su aurifera carroza
el gran padre de Faetonte
tràs la regalada Aurora
à rienda suelta venia
à enjugarle el blanco aljofar;
y llena de pesadumbres,
cercada de mil congojas,
me partì aquella mañana
à Alexandrìa, dò à pocas
diligencias, que alli hice,
supe de persona propia
que le viò, como Leonido
iba huyendo por la posta.
A seguirle me dispuse,
si no se ofrecieran otras
cosas de mas importancia,
que te dirè luego: aora
digo, que haviendo passado
poco mas de un año, sola
con muy poca gente vine
por Provincias muy remotas
à buscarle, pretendiendo
vengar solo mi deshonra,
no con venganza cruel,
sino con venganza honrosa.
A todo Egipto dì buelta,
à Grecia, y à Macedonia,
à Samaria, y Palestina,
hasta que llegando à Europa,
discurrì la mayor parte,
en cuyas jornadas, y otras,

con-

consumì mas de seis años,
sin hallar ninguna cosa.
Fuera de esto, estuve en Francia
otros seis meses, y en Roma
año y medio, hallando siempre
tanto auxilio en las personas
de Principes, y Monarcas,
que con industria no poca,
para venir à Sicilia
ordenè aquella tramoya
de fingirme prima tuya;
venir de Constantinopla,
y lo demàs que ya sabes;
porque una muger hermosa,
ò ha de tener grande suerte,
y en dicha no ha de ser corta,
ò es imposible que sea
bien recibida de otra.
Bien me recibiste, sea
por mi engaño, ò por la heroica
de tu pecho fiel nobleza,
pues la decision no importa.
A poco de aqui llegada,
en la cerviz de una roca
entre unos robles metida
oì toda mi deshonra:
que la que es noble muger,
y que de serlo blasona,
como el padecer la afrenta
siente no mas de una sombra,
por lo qual deshonra llamo
à aquella que sufrì nota,
què si la he vengado bien,
me resta probar aora.
Yo fui quien puse à Leonido
aquella carta espantosa,
que dixo el Duque ser suya,
quizàs temiendo, señora,
tu resolucion, y enojo;
y yo tambien fingì estotras,
contrahaciendo tan al vivo
su firma, letras, y forma:
todo à fin de que sintiesse
con una congoja, y otra,
con uno, y otro tormento,
lo que ya à todos os consta.
Hasta que aora lleguè
de esta que me mirais forma
à su cama, y dispertando,
le dixe como era Flora,
y la intencion que llevaba:
y derramando no pocas
lagrimas, se echò à mis pies
humilde, à mi cortadora
espada ofreciendo el cuello,
como si fuera lisonja
passar de un trago la muerte.

Sale Clavela de la alcoba.

Clav. Ya està. *Flora.* Pues mirad aora
de la suerte que le he puesto.

Correse la cortina, y estarà Leonido con una vestidura Real, coronado de Laurèl, y con Cetro en la mano, sentado en una silla.

Duq. Quièn viò tal enredo? *Reyna.* Absorta
me tienes, Flora: què es esto?
Flora. Esta es la venganza honrosa:
Porque aquel año que dixe
denantes, gastè, señora,
en sacar à paz, y à salvo,
de Leonido esta Corona;
porque confessò su padre
estando en la postrer hora,
que era su muger Leonida
del Rey de Egipto hija propia;
de la qual, siendo pequeña
en su lugar puso otra,
codicioso de heredar
el Reyno, siendo su esposa.
Dexò papeles bastantes,
y como el Cielo disponga
lo que no se piensa à veces,
muriò el Rey, quedando sola
por heredera la hija
fingida; yo que à estas cosas
estaba presente, viendo
lo que importaba à mi honra
el salir con este pleito,
pedì al Rey de Babilonia
mi tio, favor; y como
me diesse gente, en persona
salì à la defensa armada,
como valiente Amazona,
alcanzando à cuchilladas
lo que no pude con hojas
de processos, y escrituras,

tan-

tanto, que à refriegas pocas,
como eſtaban ſin juſticia,
pidieron miſericordia.
Soſſegado ya el motin,
y al inſtante, y à la hora
Leonida reſtituida
à ſu Reyno ſin zozobra,
partì à hacer lo que haveis viſto,
y aunque ſi fuera yo otra,
pudiera moſtrarle al punto
amor para ſer ſu eſpoſa:
le he querido vèr primero
padecer eſtas congojas,
ſufrir eſtas amarguras,
porque quien ſube à la gloria
de una dignidad tan grande,
conviene mucho, è importa,
que no entre en ella, haſta haver
purgado ſus culpas todas;
y fuera de que imagino
(tanto ſoy de eſcrupuloſa)
que aunque casàra conmigo,
y me bolviera mas honra
(por ſer Rey) que me quitò,
eſtuviera vergonzoſa,
ſi no me huviera vengado
de hallarme con èl à ſolas.
Y he pueſto en eſta venganza
tal ſecreto, que yo propia
(hyperbole loca ſea,
verdad ſea, ò paradoxa)
pienſo, que no lo he ſabido;
ò à lo menos à la boca
no he permitido, que llegue
lo que eſtaba en la memoria,
que ſi Arneſto, que es mi primo,
ſabia por cierta coſa,
con Clavela, que queria
vengarme, ſiempre haſta aora
creyeron le daria muerte.
Y por la Cruz de eſta hoja
juro, que mi intento ha ſido
ſolo para que conozcan
de aqui adelante los hombres,
que ſi por la intencion ſola
nos vengamos, què ſerà
ſi la ponen por la obra?
No tengo mas que decir,
ſino que à ſus generoſas
plantas me poſtro, pidiendo
como à mi Rey, que me acoja
en ſu gracia, y me perdone
los diſguſtos; y que ponga
eſta mi eſpada à ſu dieſtra,
mirando, que la Corona,
que en Laurèl ſus ſienes ciñe,
à ella ſe le debe ſola,
y à mi valor; por lo qual,
ſi merezco ſer eſpoſa
ſuya, me dè aqui la mano,
con que cobrarè mi honra
por entero, y ſe havrà viſto
en Muger venganza Honroſa.

Leon. Levanta, Flora querida,
que ſi fuera Rey de quantas
Europa tiene Coronas,
Africa, America, y Aſia,
humilde las ofreciera
à tus generoſas plantas:
eſta es mi mano.

Levantaſe Leonido, ciñe la eſpada, y dale la mano à Flora.

Flora. Yo ſoy
muy dichoſa. *Leon.* Y tù, Clenarda,
danos à beſar la tuya.

Reyna. Leonido, tan admirada
eſtoy, que caſi no acierto
à articular las palabras.
Los dos os gozeis mil años,
y perdoname las faltas,
que he tenido en perſeguirte.

Leon. Siempre, ſeñora, mi alma
te diſculpò. *Reyna.* Y porque veas,
Flora, el guſto que me cauſa
el ſer tu amiga, y parienta,
quiero quedarme caſada
còn tu primo Arneſto. *Flora.* Eſtimo
tan grande merced. *Arneſt.* Levantas,
ſeñora, mucho à un criado.

Reyna. Mi guſto ſolo baſtaba,
quando no lo merecieras.

Flora. Clavela no es mi criada,
que una ſangre nos iluſtra.

Sale Martin.

Mart. Ya imagino, que ſe caſan,
y vengo à buſcar mi novia.

Leon.

Leon. Dònde has estado ?
Mart. En la cama,
todo lo que passa oyendo.
Leon. Pues ya es tarde.
Mart. Por què causa ?
Leon. Porque Clavela es del Duque.
Duq. Estìmo merced tan alta.
Mart. Y tù , Clavela , què dices ?
Olav. Que soy su esposa.
Mart. Mañana
me he de partir à Ginebra,
por no vèr tu boda. *Reyna.* Haga
Sicilia solemnes fiestas,
primero que con mi Armada
se parta Leonido à Egipto.
Todos. Y aqui , Senado , se acaba
la venganza mas honrosa
de una muger ; suplid faltas,
que de su Autor , por lo humilde,
no es justo tomar venganza.

F I N.

CON LICENCIA : EN VALENCIA , en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga , Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca , en donde se hallarà esta , y otras de diferentes Titulos. Año 1761.